

La Ilustración

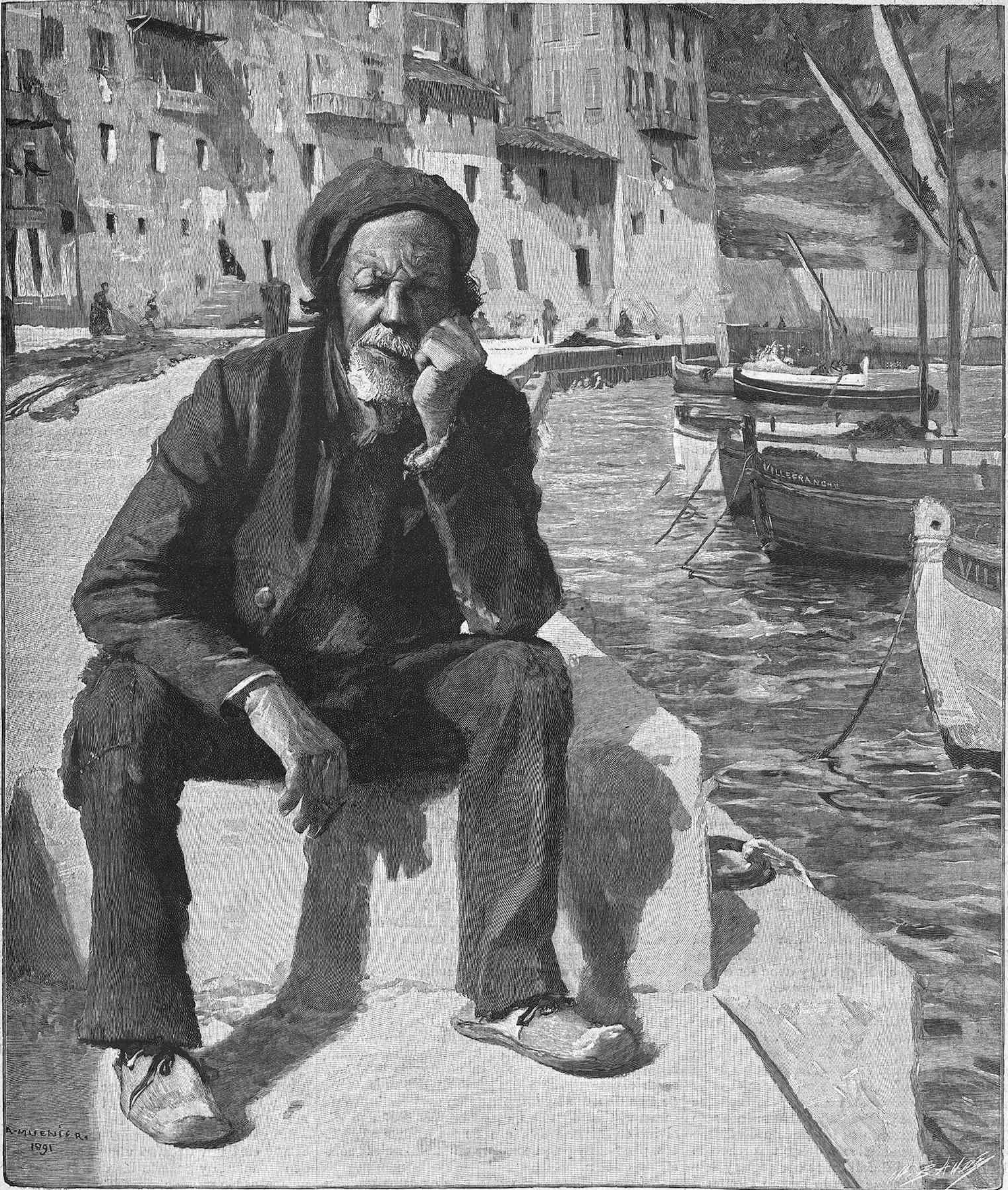


Artística

AÑO XIII

BARCELONA 6 DE AGOSTO DE 1894

NÚM. 658



VIEJO PESCADOR, cuadro de A. Muenier

SUMARIO

Texto. — *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. — *Las sandalias del guerrero. Cuento egipcio*, por A. Danvila Jaldero. — *Nido de palomos*, por Eduardo de Palacio. — *El juicio de Dios*, por Alejandro Barba. — *Nuestros grabados.* — *Una noche en las montañas*, por Cordelia, traducción de M. Aranda. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *El estereocromoscopio*, por Gastón Tissandier. — *El columpio diabólico. Nueva ilusión óptica y mecánica*, por el Dr. Z...

Grabados. — *Viejo pescador*, cuadro de A. Muenier. — *La hija del jardinero*, cuadro de Francisco de P. Mendoza. — *Junto al lecho mortuario de la madre*, cuadro de Teodoro Hummel. — *El papa León XIII en los jardines del Vaticano*, cuadro de Hermán Corrodi. — *Juego de bolos*, cuadro de Guillermo Claudius. — *Antes... y Después...*, cuadros al pastel de Arnaldo Ferraguti. — *Una huelga*, cuadro de F. Esser. — *Hogar sin fuego*, cuadro de Víctor Bressanin. — *Gomoso*, cuadro de Francisco Gómez Soler. — *Medio luto*, cuadro de Carlos Stochmeyer. — *¡Mayo!*, estatua en yeso de José Soler Forcada. — *Las fuentes del Tigris*, cuadro de Kirschenko. — *Figuras 1 y 2. Vistas del estereocromoscopio.* — *Figs. 1 y 2. Vistas del columpio diabólico.* — *Delicias del campo*, cuadro de Fausto Zonaro.

VERDADES Y MENTIRAS

Los pintores y los escultores residentes en Madrid comienzan a preocuparse ante las repetidas exposiciones de Bellas Artes que se vienen celebrando en provincias desde hace cuatro ó cinco meses a esta parte. Creen algunos que dichas exposiciones revelan un movimiento de reacción favorable al arte, y al propio tiempo abren otros tantos mercados nuevos; creen otros que, por el contrario, la celebración de esos certámenes de carácter regional ó local tiende a disgregar fuerzas y a quitarle carácter al arte pictórico, reduciendo de un modo considerable el valor de las obras y de los premios.

Verdaderamente que esta preocupación tendría importancia si las exposiciones locales ó regionales se celebrasen periódica y regularmente; pero yo creo haber dicho ya, á propósito de este mismo asunto, que el movimiento artístico que en estos meses venimos observando no tiene otro carácter que el de cualquier número de los festejos que con motivo de tal ó cual santo patrono de ciudad ó villa se organizan por los ayuntamientos y sociedades de recreo de las localidades respectivas; y por esta causa, y teniendo en cuenta el escaso atractivo que ofrecen á las multitudes las manifestaciones de las artes plásticas (bien al revés de las del arte tónico), además del beneficio casi nulo que á los mismos artistas les reporta la exhibición de sus obras, esos certámenes seguramente están destinados á no volver á reproducirse.

Pero supongamos por un momento que, así como en Madrid y Barcelona, se celebren también anual ó bienalmente exposiciones en Alicante, en Valencia, en Bilbao, en Sevilla, en Málaga, en Cartagena, etc., ¿quiénes estarán en lo cierto respecto de lo nocivo ó de lo provechoso que para el arte pueda resultar de las exposiciones regionales ó locales citadas?

Por mi parte creo que de aclimatarse esos certámenes, puede darse por seguro que existen fuerzas suficientes de vida artística, y por lo tanto, sería completamente perjudicial para el desarrollo y pujanza que del arte debe esperarse en España oponerse, de cualquier modo que sea, á dichas manifestaciones.

Y siempre en la hipótesis, para mí no probable, de la regular y periódica celebración de aquellas que tengan carácter regional ó local, debe creerse, primero, que significan un paso gigantesco dado por el pueblo español hacia un grado de cultura sumamente alto; segundo, que obedecen á una tendencia históricamente demostrada en el orden político, la del regionalismo; tercero, que prueban de un modo categórico cuán equivocadas son las teorías de los filósofos y hombres de ciencia, que creen en el carácter filosófico-social del arte. En otro orden de ideas, esas exposiciones tienden á restablecer la independencia y originalidad perdidas hoy, así en lo que corresponde á la plástica, como en lo que es y debe ser exclusivo del sentimiento y del temperamento del artista.

Para mí no hay duda alguna de que, desde este punto de vista, las exposiciones de Bellas Artes regionales tienen una importancia grande. Pienso que la unidad, así en la exposición de las ideas como en su desarrollo, nos llevaría en materias artísticas á una insoportable monotonía, así lo pintado tenga el valor de lo sublime. Recordemos, si no, los períodos en que las artes plásticas obedecieron á un sentimiento solo y en él solamente buscaron su inspiración. El último de esos períodos, el neo-clásico, produjo una reacción formidable, que vino á dar al traste con reglas y doctrinas. Podría objetarse que lo mismo aconteció con las exageraciones de los revolucionarios, así de la época del renacimiento como de la del romanticismo; pero aquellas exageraciones vinieron á iniciar

rumbos no presentidos y que andando los años fueron fundamento de ideales estéticos todavía hoy en acatamiento por la amplitud de su criterio. Pero dejando á un lado ahora estas observaciones y volviendo al motivo principal de este artículo, la unidad en el pensar y en el sentir de la colectividad artística desaparece en el instante mismo en que los caracteres regionales se dibujan con todos sus aspectos y todas sus cualidades nativas étnicas, sociales, etc.

Porque si es cierto que el artista regional no puede prescindir del medio en que vive, medio al fin, en mayor ó menor grado, culto y en perfecta armonía con el que alcanza la expansión intelectual de la época, no es menos cierto también que la influencia de las teorías estéticas que como oleadas se suceden con rapidez vertiginosa, apenas si alcanza á más lugares que á estos grandes centros, donde toda idea nueva es apreciada y discutida, bien para aceptarla, bien para abandonarla. Así por ejemplo, mientras en París el simbolismo y el movimiento socialista tienen artistas que forman escuela, Peloux y Bretón y otros pintores han pintado y siguen pintando allá en países distantes de la capital de la nación la naturaleza y las gentes campesinas, alejándose por completo de los convencionalismos á que obligan los asuntos sociales, políticos, científicos ó religiosos.

Y no solamente en este particular es á mis ojos beneficiosa la celebración de exposiciones regionales, sino también en lo tocante á la línea y al color. Nosotros hemos sufrido durante largo período de tiempo la influencia de la terrosa paleta romana; ahora, merced á la tendencia mística y al desarrollo de las ideas filosóficas sociales, como las catilinarías pictóricas de Courbet, ha venido el gris trayendo de la mano un ideal estético, negación de la belleza antropomórfica.

No significa lo que arriba he dicho de que las influencias de las teorías artísticas y filosóficas que rápidamente vienen sucediéndose en estos últimos días del siglo, no alcanzando sino muy débilmente al artista regional, poniéndole fuera del alcance de las alternativas que modifican el gusto estético, la aquiescencia á esa cómoda teoría proclamada á cada dos por tres, de que el pintor y el escultor no deben saber más que esculpir y pintar, dándosele un bleo del resto de la labor intelectual de la humanidad. Nada más lejos de mi pensamiento que tal disparate. Creo, he creído y seguiré creyendo que el artista necesita, además de las condiciones psíquicas y físicas innatas para el sacerdocio del arte, desarrollar las primeras cultivándolas, pues de otro modo carecerá la obra que produzca del valor de la idea, y la misma parte plástica habrá de resentirse de falta de ese algo que en la jerga del arte se llama carácter. Pero esto no obstante, afirmo que alejado el pintor de aquel ambiente donde la especulación filosófica de un lado y la artificial atmósfera de los grandes centros urbanos de otro ponen confusión en el espíritu y le distraen hacia efectismos y espejismos á cada instante mudados y opuestos, puede abarcar más serenamente la síntesis de todas esas manifestaciones del pensamiento y del sentimiento, que por ser tal síntesis tiene la importancia de presentar á aquéllas en conjunto para poderlas discernir y aceptar ó rechazar, según el artista las crea aceptables ó rechazables.

Porque para mí, el arte hoy adolece del grave mal de una monotonía insoportable en su doble aspecto plástico y de la idea; y además de eso, del de un concepto desmedrado hasta la raquitis de la forma y de la línea y por lo tanto de la belleza plástica. El color ha sufrido una transformación terrible en aquel sentido. Si en pasados tiempos se distinguían de un modo claro y terminante no tan sólo las escuelas nacionales, sino las regionales, como podemos observar en nuestro Museo del Prado, hoy solamente alguna personalidad, perfectamente dueña de su paleta y perfectamente segura de sí misma, manifiesta esa diferencia y se muestra original. Esto es tan cierto, que excuso todo ejemplo. Pues bien: donde esa monotonía esterilizadora se acentúa gravemente es en las grandes capitales. Si ayer se advertían los distintos temperamentos de Rosales, de Fortuny, de Domingo, de Valles, de Palmaroli, de Rui Pérez y de tantos otros artistas, hoy, excepción hecha de los pintores que de entonces todavía existen, los demás se confunden en una «manera» y en un mismo modo de sentir el natural, hasta el extremo de parecer las obras de cien de una sola mano y de un solo cerebro. Y la característica de todas esas obras es producto del olvido en que el artista cae de los elementos gráficos, plásticos y psíquicos, que en la Naturaleza solamente existen.

Así como el individuo que vive en estos grandes centros urbanos necesita de tiempo en tiempo abandonarlos para ir en busca del oxígeno para la sangre y los pulmones, y de fósforo para el cerebro, y de

aguas alcalinas para el estómago y el hígado, y de reposo para el espíritu, así el arte necesita también robustecer la línea, y simplificar el color, y simplificar todavía más el concepto de la belleza, y dejar el terciopelo y las gasas y los polvos de arroz y las perspectivas arquitectónicas de las modernas construcciones, á cambio de las líneas robustas del hombre del campo, y las majestuosas de los árboles y de las montañas, y el color de los valles y del extenso mar, y la luz de los cielos. Y en este sentido, las exposiciones locales y regionales son de indiscutible importancia, ¡qué digo en este sentido!, también en el de la elaboración de las grandes ideas.

No parece sino que esas *salidas de misa y salidas del baile* y todos esos cuadros de costumbres urbanas, así de las altas clases como de las bajas, están todos destinados á eterna vida, cual debe ser la de la obra de arte. Nada menos cierto; para que tal cosa se realizase sería preciso que tuviesen el valor de una idea de mérito, de algo original, la importancia *a posteriori* de la revelación de un aspecto nuevo de nuestra sociedad. Todo en esos cuadros de costumbres urbanas conspira contra su duración. La monotonía antiestética de los trajes del día, lo artificial de la decoración, la ausencia de un afecto, de un sentimiento, siquiera sea el más vulgar. Me dirán que lo mismo acontece á los cuadros de costumbres rurales. No; por lo menos allí está la Naturaleza con todos sus encantos, así en la figura como en el fondo; por lo menos allí, el color es color de vida y la línea línea no deformada por ninguno de esos aparatos ortopédicos que la moda y las enfermedades imponen juntamente al habitador de estas poblaciones, como las extravagancias del mal gusto á las flores y á los árboles de nuestros jardines y «parterres.»

Porque yo quiero que me digan qué es lo que, en el orden impuesto á las cosas por las tendencias de la vida moderna, existe en estas capitales que valga la pena de ser tenido en cuenta como manantial inagotable de inspiración para el artista. Si es desde el punto de vista que ofrecer pueda la industria moderna, considerándola en sus fases de documento histórico, de aspecto dramático, de la de un altruismo, á las grandes fundiciones de Sestao, á las de Mieres, á las minas de Almadén, á las de Asturias, como fué lejos de París el autor de *Germinal*, es menester ir; si se busca la inspiración en la novísima idea del misticismo, nada más opuesto que este tráfago tremendo de neuróticos; si se va tras los dramas ó los idilios del amor en sus varios aspectos, aquí como en el fin del mundo se encuentran y encontrarán eternamente; si, en fin, de las costumbres se estudia su estética y aspecto artístico, en todas partes se ofrecen con más originalidades que en París, y en Madrid y Berlín. Una romería en las montañas de Cataluña ó de Cantabria tiene más poesía, más originalidad que las ferias de los suburbios de París ó las verbenas y romerías de Madrid.

¿Es esto rechazar los elementos que ofrece la múltiple vida urbana, principalmente en su parte moral? No; pues si bien para los medios de expresión de las artes plásticas no es muy asequible la exteriorización de las grandes luchas y de los accidentes de la vida de las modernas capitales, sin embargo, con ayuda de un perspicaz ingenio analítico altamente observador, puede el artista alcanzar á dar forma á los más hondos repliegues espirituales.

Débase, á mi entender, dejar libre el campo, sin que ingerencias extrañas vayan á modificarlas en nada, á las manifestaciones del arte regional. Veamos si surge un genio nuevo, que, libre de preocupaciones de escuela, fija la vista en la verdad, no mire sino á ésta y á sí mismo. No otra cosa hicieron, con Velázquez á la cabeza, nuestros pintores y escultores del siglo de oro. Débase, sí, ese respeto á aquellos que viven en medio de la Naturaleza, frente á frente de esa guardadora de misterios sin fin, para la ciencia y el arte ocultos en su casi totalidad, pueden arrancarles uno nuevo, porque al presente nos sucede á artistas y literatos y hombres de ciencia lo que no hace muchos días me decía un diputado de clarísimo entendimiento, refiriéndose á la desmedrada campaña de ciertas oposiciones: «Amigo mío, si todo sigue como está, tan mal, y el remedio no lo vemos venir, consiste tan sólo en una pequeñez, como diría el Padre Coloma: en que los hombres de esas minorías no lo saben hacer mejor que los que nos des gobiernan. Es decir, no pueden traernos el remedio porque no pueden.»

Lo mismo digo. El arte no muere ni morirá jamás. Si hoy está tan decaído y mal, es porque no pueden levantarlo y ponerlo bien los artistas de esta generación. No pueden.

A ver si sale por esos mundos de Dios alguien que pueda.

R. Balsa de la Vega

LAS SANDALIAS DEL GUERRERO

CUENTO EGIPCIO

I

Hotep no siempre había sido mendigo. Hijo de un *fellhá* de los alrededores de Tebas, su adversa suerte quiso que fuera comprendido en una de las levas, con las que Ramsés I, el gran monarca conquistador, nutría las filas de los ejércitos que guerreaban en Asia. El joven no tuvo ocasión de distinguirse en su nuevo estado, pues en el primer encuentro con los asirios en que tomó parte, un flechazo traspasándole un muslo le puso fuera de combate, y cuando recobró la salud, se encontró con la pierna derecha privada de movimiento, desgracia inmensa compensada sólo por el derecho adquirido á costa de su sangre de volverse á su patria, comer lo que tuviera ó arrojarlo al Nilo ó al primer río que topase en su camino si lo juzgaba conveniente; que tales eran en aquellos remotos siglos los retiros que los Faraones concedían á la innumerable muchedumbre de infelices que cual inmensos rebaños sacrificaba su soberbia en las colosales y gloriosas campañas que nos relatan las stelas de los templos.

Hotep no se desanimó por su adversa suerte, y uniéndose á una caterva de guerreros más ó menos mutilados, emprendió el regreso á Tebas apoyándose en un grueso garrote y llevando al hombro un saco con algunas tortas de maíz, que junto con una calabaza de agua constituían todas las provisiones con que contaba para volver á pisar el sagrado suelo de Egipto.

Con las peripecias y aventuras de tal viaje desde la Mesopotamia al Mar Rojo, podría escribirse un buen volumen; mas no consintiendo tales pormenores la índole de esta narración, habremos de contentarnos con saber que de guarnición en guarnición, unas veces comiendo y otras ayunando, dos meses después la desdi-



La hija del jardinero, cuadro de Francisco de P. Mendoza
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

chada caravana, salvo algunas bajas causadas por las privaciones, llegó al delta del Nilo, lugar fijado para la separación de los veteranos, que desde allí se despararon por todo Egipto.

Hotep quedó solo con otro compañero, que nacido en una aldea inmediata á la suya seguía el mismo itinerario. Era el camarada hombre ya viejo, encanecido en la milicia y privado de la vista á consecuencia de una profunda herida en la cabeza. El cojo, aunque de limitados alcances, tenía excelente fondo, y movido á compasión se brindó á servir de lazarrillo al ciego, y le hubiera guiado hasta el lugar de su nacimiento, si los dioses infernales no hubieran acordado cortar la existencia del viejo llamándole ante su tribunal del Amenti; y así, una noche en que los dos inválidos descansaban al abrigo de un espeso cañaveral no lejos de Pelusia, Hotep, que dormía plácidamente envuelto en sus harapos, oyó de pronto un lastimero quejido que exhaló su compañero, é incorporándose le dijo:

- ¡Hola, veterano! ¿Qué es eso? Despierta, que sin duda el maléfico influjo de Tifón pesa sobre ti, atormentándote con alguna horrible pesadilla.

- Hotep, me muero, murmuró el ciego. Siento que la vida se me acaba.

- ¡Por Osiris, que estás delirando! ¡Quién piensa ahora en morir!

- Me muero, muchacho, me muero. Creía que tendría fuerzas para llegar allá, pero no puedo. ¡Agua!.. ¡Dame agua; me ahogo!..

Hotep, alarmado, corrió con cuanta ligereza permitía su cojera hasta un canal inmediato, y volvió con la calabaza llena del líquido pedido, diciendo:

- Bebe. Esto pasará, es un desvanecimiento ocasionado por el fuerte sol que hoy nos ha hecho hervir la sangre.

- Gracias, camarada, respondió el ciego. No temo á la muerte; hace años que la he considerado siempre cercana. Después de todo, para no ver más la luz, tanto



Junto al lecho mortuorio de la madre, cuadro de Teodoro Hummel
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

me importan las tinieblas de Egipto como las del Amenti. Mira: en este saco va toda mi fortuna; es bien poca cosa: un casco de bronce, unos cuantos trapos y unas sandalias de cuero, que es lo que más valor tiene, pues son casi nuevas, el material es superior y están bordadas en oro. No sé de dónde proceden, pues las encontré en la batalla en que me hirieron, atadas á la cintura de un soldado muerto. Sólo el poderoso Amón sabe á quién se las robaría. Cógelo todo si muero. Es la fortuna de un soldado que ha servido treinta años á los Faraones. ¡Bonita herencia!

Hubo un intervalo de silencio, durante el cual escuchóse tan sólo el anhelante respirar del inválido y el canto monótono de las ranas. Hotep se devanaba los sesos, pensando qué haría ó diría en aquella situación que le parecía bastante grave y apurada. Por fin su compañero bebió de nuevo y dijo:

— Puede que tengas razón y me haya equivocado; pasó la angustia y tengo sueño. Durmamos; y si me muero, ya sabes, todo para ti.

Y volvió á tenderse entre las cañas, murmurando palabras confusas é ininteligibles. Hotep siguió su ejemplo; y con una filosofía rayana en la estupidez, á poco roncaba, haciendo ruda competencia á las parleras ranas. Cuando despertó al salir el sol, el ciego yacía á algunos pasos de allí, tendido boca abajo. ¡Osiris benéfico había llevado su alma á las eternas regiones en donde mora el omnipotente Ftá!

II

El sol comenzaba á iluminar con sus espléndidos rayos las terrazas de los elevados pylones del templo de Amón-Rá protector de la regia capital de los Faraones de la dinastía XIX, cuando Hotep, vistiendo un viejísimo calasiris de algodón listado que dejaba ver por sus múltiples desgarrones las oscuras carnes del mendigo, apareció junto á uno de los colosales esfinges que constituían el *dromos* del templo; detúvose un momento, y sacando de un envoltorio el casco de bronce y las sandalias que heredara del viejo guerrero, atavióse con ambas prendas, quedando en breve espacio convertido en la más grotesca figura que puede imaginar el lector. No parecía, sin embargo, el inválido descontento de su aparato indumentario, pues con aire satisfecho se atusó la encrespada y revuelta cabellera, y canturreando una canción popular se dirigió, apoyado en un grueso bastón que le servía de muleta, hacia una puertecilla que se divisaba en el primer pylón casi oculta cabe las robustas piernas de la colosal estatua de Amenhotep II, que parecía guardar la entrada al gran patio que precedía á la sala hypostita. Hotep dió con su bastón un fuerte golpe en la hoja de la puerta, y pocos instantes después apareció en el lindar una mujer de robustas formas, cubiertas por ajustada túnica blanca sin mangas y con amplio escote, sostenida por una especie de tirantes de cuero rojo.

— ¿Qué se te ofrece tan temprano y tan compuesto?, preguntó con burlona sonrisa al reparar en el casco y en las lujosas sandalias del mendigo. Hoy no es día de repartir los restos de las ofrendas...

— No vengo á pedir limosnas, contestó Hotep; vengo á hablar con tu padre para decirle que quiero casarme contigo.

Los ecos del templo reprodujeron durante largo espacio las más sonoras y alegres carcajadas que jamás habían turbado la majestuosa calma de aquel silencioso recinto. Hotep, sin desconcertarse por la manera como era acogida su pretensión, dijo mirando con petulancia sus sandalias:

— Hermosa Amneris, veo que mi idea te regocija, y esto me hace suponer que mi figura no te disgusta y el resultado...

— El resultado, interrumpió la joven, será que mi padre te dará algunos palos y te romperá la pierna que aún tienes sana.

— ¡A mí, á un guerrero del Faraón!

— ¡Imbécil! Tú ya no eres guerrero, sino pordiosero; y si no fuera por lo que en esta casa te hemos protegido, perjudicando á otros pobres más antiguos, hace tiempo que estarías descansando en el pozo grande de asfalto de la necrópolis en agradable compañía con otros ilustres personajes de tu calaña.

— ¿Ovidas que soy propietario de una casa junto al canal del Castillo Blanco?

— Sí, ya sé que tienes una barraca de adobes cuarteada y sin techo.

— No es tan mala, y además tengo... estas sandalias.

— Mira, Hotep, dijo Amneris adoptando un aire protector, sin duda los fuertes calores y el hambre que has sufrido en Asia han perturbado tu razón. En primer lugar tengo un pretendiente acomodado, y en segundo, ¿cómo quieres que yo, hija de un guar-

dián del templo de Amón-Rá, corresponda al afecto de un buen muchacho como tú, pero inútil para todo, y sin más riquezas que las que poseen esos ibis que anidan en las cornisas de los pylones; y aun esos pueden buscar libremente su sustento; pero tú, ¿cómo atenderías á mi subsistencia con la pierna arrastrando y con ese casco tan abollado?... ¡ja... ja... ja!

Y de nuevo la risa más retonzona animó el semblante de la muchacha.

El pobre cojo, cuya candidez le había hecho concebir las más lisonjeras esperanzas, quedóse sorprendido ante frases tan desconcoloradas. Por única respuesta rascóse el cogote, miró á Amneris, y con gesto de cómica desesperación dió media vuelta y sin pronunciar una palabra alejóse de la puerta acompañado por las carcajadas de Amneris.

— ¡Pobre chico!, dijo ésta: no es malo, pero... ¡es tan miserable y tan cojo!

III

Hotep, aunque verdaderamente anonadado por la escena narrada, tenía, como todos los fellhás, una gran dosis de mansedumbre y resignación; así que, después de desahogar su cólera murmurando unas cuantas invectivas contra Amneris, se encaminó hacia un grupo de palmeras que sombreaban el camino que conducía al templo y se tumbó sobre la menuda hierba. Pocos instantes después roncaba como un bienaventurado. Ciertamente, Hotep era un gran filósofo.

De pronto el mendigo despertóse á impulso de algunos puñetazos aplicados con mano vigorosa, é incorporándose vió ante sí á un personaje de elevada condición, á juzgar por la pedrería que brillaba en el pectoral que cubría su robusto pecho y por la finura y elegancia de su túnica. Otro sujeto, portador de un *flabelum* de plumas de avestruz, que era sin duda el que le había despertado de un modo tan enérgico, se hallaba junto al primero.

— ¿Quién eres?, dijo éste con voz imperiosa, ¿qué haces aquí?

— Pues ya lo ves, dormir; repuso Hotep con justa indignación.

— ¿Quién te ha dado estas sandalias?, volvió á preguntar el incógnito personaje.

— Quien puede, contestó Hotep recogiendo su cayado y adoptando una actitud defensiva.

— ¡Por mi padre el Sol, que no he visto jamás sabandija tan insolente! Oye, miserable cojo, y tiembla.

— ¡No temblé en el campo de batalla cuando una flecha asiria traspasó mi muslo, y me asustaré ahora que nada malo he hecho! ¡Pero ah!, exclamó de pronto, tú debes ser el rival que me disputa el amor de Amneris.

— ¡Está loco!, dijo el desconocido con asombro, volviéndose á su acompañante, que contestó con un signo afirmativo.

— Conque, es decir, prosiguió Hotep, ¿que no contento con quitarme la novia, quieres también apoderarte de mis sandalias?

— Sin duda ignoras quién soy, dijo el personaje del pectoral. ¡De rodillas, miserable, ante el Faraón!

Hotep lanzó un grito de asombro, é inclinando humildemente la cabeza respondió:

— Alto y poderoso Ramsés, perdona á tu humilde esclavo. No me postro ante ti, porque la herida que recibí en tu servicio me inutilizó la pierna y no puedo... Ten misericordia de este infeliz inválido, que si pronunció palabras inconvenientes fué por no haberte conocido. Sé tan bondadoso como eres invencible y fuerte.

— Piensa bien lo que vas á contestarme, porque de ello depende tu vida. ¿Recuerdas la ocasión en que adquiriste esas sandalias?

— Sí, hijo predilecto de Fré.

— ¿Recuerdas si el que tales prendas te dió te aseguró que eran la fortuna de un soldado?

— Sí, contestó Hotep, pensando en las últimas palabras del guerrero ciego.

— Entonces, ¿cómo no has reconocido en mí al Faraón á quien guiaste en el reconocimiento del campo enemigo, y que como prenda de su real aprecio para reconocerte y recompensarte después de la batalla te dió las sandalias que hubo de quitarse para trepar por los acantilados de Saín, cuyo paso nadie conocía como tú y merced á cuyo descubrimiento alcanzó una de mi más famosas victorias?

El mendigo quedóse inmóvil como una momia en su sarcófago. Acababa de comprender que una inmensa fortuna se le ofrecía con sólo convenir con las preguntas de Ramsés. Por un momento las ideas del bienestar de toda su vida y de la posesión de Amneris cruzaron rápidamente por su cerebro; pero el cojo era honrado y se rebeló su corazón contra toda indigna superchería.

— Señor, dijo, soy un mendigo desvalido, inútil y despreciable, el alimento que me sustenta lo debo á la generosidad del pueblo, pero mis labios no se mancharon con la mentira. Estas sandalias no me las diste tú.

Y en breves frases contó al Faraón su desdichada historia y la manera como el regio recuerdo había llegado á sus manos.

El viejísimo papiro del cual he traducido este sencillo relato no refiere lo que siguió á tan franca confesión; sólo añade á guisa de epílogo estas frases:

«Amneris y Hotep fueron muy felices en su nueva posición y tuvieron muchos hijos, todos ellos servidores fieles y adictos de Ramsés Meiamún, á cuya regia esplendidez debían tantos favores.»

A. DANVILA JALDERO

NIDO DE PALOMOS

En la naturaleza nada se pierde y nada se crea. Esta es una verdad química.

Varían las combinaciones y cambia el estado de los cuerpos.

Pero ninguno de sus componentes se pierde.

Principio científico que enunciaba así un traperero:

«Yámele usted fraque, yámela usted chaquetiya, to es prenda de vestir.»

Nada se pierde.

Porque, es un suponer, juegan ustedes por «los azules» en un frontón, y ganan los colorados.

Pensarán ustedes que se pierde el dinero, pero no es así; porque pasa á manos ó á bolsillos nuevos, pero nada más.

En esas instalaciones artísticas de prenderías y «baratillos» ve el curioso observador objetos que nunca creyó de comercio.

Allí hay recortes de pan de la emigración, cajillas con fósforos sin fósforo, ó sea llenas de cerillas sin cabeza.

— Y esto ¿para qué sirve?, pregunté con suma cortesía á un comerciante en detritus sociales, con casa abierta en el Rastro.

— ¡Ah!, exclamó, bien se conoce que usted es persona acomodada.

— Sí, señor, soy un burgués, le dije muy bajito; pero no lo divulgue usted, por si acaso.

— Esas cerillas representan una economía para las casas.

— A ver.

— Es muy sencillo: que necesita usted encender la mecha de un quinqué, ó el pábilo de una vela...

— ¿El pábilo?

— Bueno, la torcida.

— La medula espinal, que diría algún modernista.

— Pues para ese caso sirven las cerillas. Lo mismo que para buscar alguna cosa en habitaciones oscuras, ó para encender carbón, ó... para encender el cigarro.

— Pero ¿cómo?

— Se enciende una nueva, con cabeza visible, y en esa se van encendiendo las demás.

Tanta gracia me hizo la ocurrencia, que estuve para convidar al comerciante.

Nada se pierde; todo se aprovecha.

No hay para qué hablar de esos pescadores en seco de puntas de cigarro.

Esos jóvenes del cuerpo de «colilleros y bibliotecarios», como decía un individuo en un arranque de despecho, por *mor* de unas calabazas que le habían dado en un examen, en nada reparan, todo lo atropellan.

Ya no esperan á que caiga majestuosamente la colilla de manos ó de labios del propietario.

Se adelantan á su época y aconsejan al fumador:

— Caballero, tírela usted ya, que es muy malo para el pecho y el estómago apurar los cigarros.

— Te lo habrá dicho Pasteur, ¿eh?, le preguntó un infeliz no reconocido como tal; pero que lo es.

El muchacho respondió muy fresco:

— No me lo ha dicho Pastor, me lo ha dicho el *Bombita*.

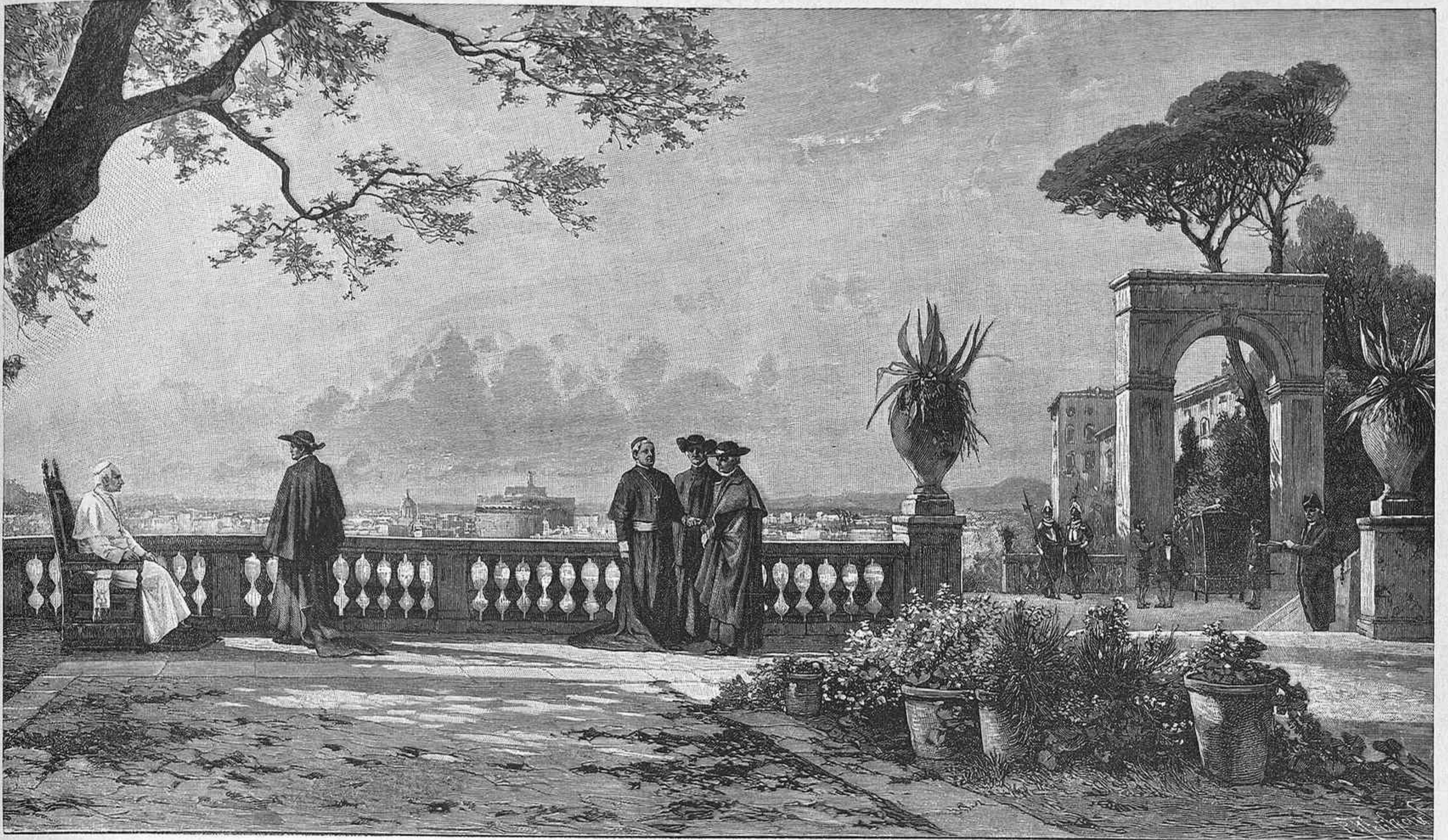
Nada se pierde.

Hasta ayer, como quien dice, se ha defendido contra viento y marea ó contra viento y municipio aquel alcázar de un aristócrata de primera clase que fué; aquel templo más tarde de «las artes liberales», verdaderamente liberales.

Quedaba en pie una parte del que había sido palacio, libre de cargas é inquilinatos ofensivos para la dignidad del pobre.

En aquellas ruinas llegaron á reunirse la mayoría de los chicos de los de *Golfo* en adelante.

¿Cómo se estableció y se organizó la sociedad anó-



El Papa León XIII en los jardines del Vaticano, cuadro de Hermán Corrodi



Juego de bolos, cuadro de Guillermo Claudius

nima del todo, que habitaba impune y gratuitamente las ruinas de aquel palacio?

Como nacen y se organizan las grandes empresas, las asociaciones más fundamentales y más serias.

Un presidente de cartel, varios vocales procedentes de fugas, y un secretario y nada más.

En cierta noche lluviosa del mes de diciembre, llegó al caserón en ruinas un caballero aventurero.

Inmediatamente le ocurrió el pensamiento de instalarse en aquel alcázar ó en aquellas reminiscencias de edificio, para resguardarse de la lluvia y del frío.

Después pensó en la fundación de un círculo no político ni literario ni moral, al alcance de todos los jóvenes oscuros, pero de buena voluntad.

El primer ocupante de las ruinas fué como el jefe de la sociedad, tanto por su edad venerable, cuanto porque había sido el Hernán Cortés en aquella casa.

En poco tiempo se extendió en Madrid la noticia de la apertura del *Hotel-perdis* ó del *Perdis-club*, y acudían diariamente señoras y caballeros en demanda de pupilaje.

Cuando los dependientes de la autoridad disolvieron aquella asociación, había llegado al apogeo.

Ya no se cabía de pie en las habitaciones de primera; esto es, en las que conservaban la techumbre. En aquellas horas de recogimiento social se oía algún diálogo que excitaba la curiosidad.

—¿Y tú, quién eres?, preguntaba el cabeza de la casa.

—Un pobre huérfano de tía...

—¿Eh?

—No he conocido á mis padres; ni sé si los he tenido.

—Se supone que sí. ¿Y en qué te ocupas?

—Soy de vigilancia.

—¿De vigilancia?

—Sí, porque tengo á mi cuidado un distrito, para ver y oír.

—¿Para ver y oír?

—Sí, tengo el primer ojo clínico y me entero en seguida de las casas, del interior de las familias y sus necesidades, y de las ausencias y demás.

—¡Ya! ¿Y tú?, preguntó á otro.

—Yo estoy cesante.

—¿Cesante? Pues ¿en qué estabas empleado?

—Estuve en la cárcel modelo dos años, y me han dado el alta ó el *esceso* hace pocos días. Yo soy *no-vijero*.

—Pues, chico, di tú que tienes dos *facurtades*.

—Tomo *relosos* al sesgo y cuarteo bolsillos; ¡pero cómo!, cuadrando en la misma cabeza de la *vítima*.

Otro se declaró químico movilizado.

—¿Y qué oficio es ese?, preguntaron otros.

—Ando por ahí haciendo pruebas y ofreciendo un agua nueva para limpiar «toda clase de manchas,» conservar el pelo y quitar el dolor de muelas.

—Es maravilloso.

—¿Y eso no tiene peligro?

—Hay que sortear á los concejales; digo, á los guardias del Ayuntamiento, que nos persiguen.

—Como que la autoridad es la mayor enemiga de las artes y de las letras, dijo otro socio.

Todos aprobaron la opinión del individuo parlante.

Y éste añadió:

—Andaba yo por ahí con unos pájaros crudos, *lo cual que* me habrán visto ustedes, adivinando á las chicas, cocineras y doncellas y modistas todas sus cosas íntimas, por el corto interés de un *perro chico*. ¡Na! Que los mismos pájaros, *enseñaos* ya, sacaban las respuestas de unos cajoncillos donde yo las había metido. Ya ven ustedes si la ocupación es delicada, inocente y aun honorífica.

Las noches en el *Hotel-perdis* eran dignas de crónica de salones.

¡Qué fraternidad! ¡Y qué variedad de tipos y costumbres!

Ya se reunía allí lo mejor del Madrid putrefacto, que decía uno de los socios.

Y aun alguna señorita que llegaba tarde para tomar el tren y regresar al «cieno de su familia» también acudía al *Perdis-club*.

Pero una noche sobrevino una *bronca* por quitarme allá... no, por me has quitado allá unas *perras*, y la autoridad no tuvo más remedio que ver y oír.

Aquella noche salieron en cuerda como palominos todos los socios presentes.

¡Qué clamor!

Como que alguno de ellos decía, enternecido:

—Ahora se va á enterar el juez de la Inclusa de que estoy en Madrid, sin haber ido á visitarle, y se picará, de seguro.

¡Qué lástima de sociedad, disuelta en un momento!

EDUARDO DE PALACIO

EL JUICIO DE DIOS

Corrían los calamitosos tiempos del rey D. Pedro. Las huestes del bastardo D. Enrique tenían en apurado trance al monarca castellano dentro de los muros de Montiel.

Las banderas francesas paseaban por las campiñas del territorio hispano.

Los estragos de aquella guerra fratricida dejaban huellas profundas en los campos de Castilla, de antaño hartos castigados por las turbulencias de los rebeldes vasallos de D. Pedro.

Este, desde las almenas del fortificado recinto, podía contemplar el campamento de su hermano, que, á modo de férreo círculo, estrechaba al indómito príncipe, reducido á las menguadas huestes que eran insuficientes para guardar los débiles muros de aquella villa.

El silencio de aquella tenebrosa noche era interrumpido por las voces de los centinelas del campo de D. Enrique y de los soldados que paseaban por las murallas de Montiel.

La luna alumbraba con su pálido reflejo esta escena, imprimiendo mayor tristeza á aquel campo fatídico, escenario de una tragedia cuyos personajes habían de legar á la historia una de sus páginas más sangrientas.

* *

Escondida en el seno de espeso robledal y en la falda de una de las suaves colinas que constituyen el anfiteatro de aquellos contornos, levantábase humilde morada, temida mansión, porque en aquellos tiempos procelosos el misterio era de imprescindible necesidad, problema de vital interés para los que todo debían temer de los magnates desenfrenados, de los príncipes rapaces y de los señores inspirados por las asoladoras doctrinas del feudalismo.

Pero Garcés, antiguo mesnadero de D. Alfonso el Onceno, curtido en las infinitas lides que aquel monarca sostuviera con los agarenos, achacoso de las heridas que recibiera en lucha con el infiel, buscó en aquel ignoto rincón de Castilla días apacibles que restablecieran la paz en su espíritu, largo tiempo agitado por el combate, y el reposo necesario á los achaques de su cuerpo, hartos quebrantados por las heridas y fatigas de rudas campañas.

Quizás no fueran estas razones bastantes para que Garcés adoptase tal medida, si una circunstancia no hubiese influido de una manera resuelta en sus proyectos.

Al regreso de su última expedición á la frontera morisca, supo que su único hermano Rodrigo acababa de expirar, legándole un pedazo de terreno en las cercanías de Montiel y á una niña de ocho años, hija de Rodrigo.

Comprendió que su hermano, al morir, le legaba la protección de la doncella, y mal podía cumplir con este deber, de seguir en su agitada vida.

Por eso, encerróse en aquella soledad el viejo soldado que había seguido las victoriosas banderas del oncenno de los Alfonsos en más de cien combates.

El cuidado de Berta y las labores de las tierras que rodeaban aquella modesta mansión sucedieron á las aventureras expediciones.

Cuidaba de la huérfana con el solícito afán de un padre; atendía cariñoso á sus deseos, inculcando en su espíritu francos y saludables consejos que le dictaba su conciencia recta.

Así creció la doncella, adquiriendo su naturaleza todo el vigor y lozanía que imperaban en aquellos selváticos lugares.

Garcés guardaba su sobrina con el cuidado que el avaro mantiene oculta la más preciada joya de su tesoro.

No eran aquellos tiempos los más á propósito para que una doncella de la hermosura y virtud de Berta pudiera trocar la vida sencilla y patriarcal de la casita del bosque, por los peligros que encerraban en aquel entonces las ciudades que gobernaban desenfrenados y despóticos magnates.

Sabíalo muy bien Pero Garcés, y por eso guardaba con la cautela de un soldado viejo el depósito que se le había confiado.

* *

La noche en que empieza nuestra historia encontrábase sentados delante de los restos de la cena el veterano y Berta.

Dormitaba el primero, sin duda entregado á los recuerdos de sus campañas.

La doncella entreteníase en arreglar los adornos

de una saya, á lo que parecía prestar extraordinaria atención.

El silencio reinaba en aquella estancia, donde apenas llegaban esos mil misteriosos rumores de las noches.

Dormitaba el viejo, y la niña con febril actividad dejaba correr la aguja por la tela.

De repente un ensordecedor estrépito conmovió la casa.

La puerta, arrancada de sus goznes por una mano poderosa, voló en pedazos.

Una tropa de hombres de armas hizo irrupción en el interior.

Un guerrero de gigantesca estatura precipitose sobre la joven, la cogió en sus brazos y huyó con ella, en tanto que los suyos amordazaban á Garcés, que con la sorpresa pintada en su semblante veía aquellos hombres de armas, y sentía en sus carnes las apretadas ligaduras que ceñían sus brazos y piernas.

En un momento lo comprendió todo.

El precioso tesoro que guardaba con tanto empeño había sido descubierto.

El gavilán llevábase en sus garras á la tímida avecilla.

Y él se veía reducido á la impotencia y no había sabido defender su depósito.

Entonces la rabia invadió todo su ser.

En vano pretendió romper las ligaduras.

Manos maestras las habían colocado, y era vano empeño desligarse.

Los hombres de armas, asegurados de la impotencia del mesnadero, abandonaron aquella mansión, teatro de su crimen, celebrando la hazaña con cínicas carcajadas.

* *

El caballero de Chantelier pasaba por uno de los más esforzados capitanes de la legión de Bertrand Duguesclín.

Mozo de arrogante figura y hábil en el manejo de las armas, sobresalía entre los numerosos aventureros que seguían la enseña de Trastámara.

Entre sus compañeros referíanse de una manera pintoresca las aventuras del caballero, sobre todo sus fortunas en el amor.

Componía trovos como el más inspirado trovador, y en audacia para raptar doncellas no le igualaba más de un caballero.

Chantelier en una de sus excursiones solitarias por el robledal de Montiel vió á Berta.

Sin ser visto por ésta, siguió sus pasos, y la vió entrar en la casita.

Para un aventurero como el capitán, constituía aquélla una de tantas aventuras de su vida.

Para un carácter disipado como el del caballero, representaba el rapto de Berta un pasatiempo agradable, para conseguir el cual bastábanle pocos preparativos.

Un golpe de mano de sus escuderos y nada más.

Y aquella noche sus servidores ponían en práctica sus planes.

* *

Al día siguiente de aquel en que ocurrieron los sucesos que tuvieron por teatro las cercanías de Montiel, distinguíase en uno de los suaves declives de las colinas un buen golpe de gente de armas, donde se descubrían los penachos de los nobles y los estandartes de Castilla y Francia.

Allí estaba el de Trastámara con sus capitanes y gentes de armas, y á su derecha el condestable Duguesclín con los nobles franceses que habíanle seguido á los campos de Castilla.

Guardaba, sin embargo, aquella multitud un orden y un silencio que no denunciaban los aprestos de un empeñado combate.

Los arqueros y alabarderos alineados en alas ocupaban un gran espacio de terreno, formando un extenso cuadrilátero.

En uno de los extremos del cuadro alzabase arrogante sobre un potro negro, cubierto de acero, el caballero de Chantelier.

Su mano derecha empuñaba pesado layen, cuya contera descansaba en tierra: calada la visera de su casco, jinete y bruto guardaban la inmovilidad de la estatua.

En el otro extremo del cuadrilátero erguíase firme sobre un caballo de batalla otro jinete, cubierto de hierro como el anterior.

Su armadura no ostentaba insignia que delatara su nobleza.

Contrastaba la modestia de sus corchetes y coraza con las labores de las piezas de acero que cubrían el cuerpo del caballero francés.



Antes..., cuadro al pastel de Arnaldo Ferraguti

De repente un deslumbrador relámpago surcó el espacio, seguido de un ensordecedor chasquido.

Cuando los testigos de aquella escena pudieron darse cuenta de aquella brusca sacudida, vióse á un jinete con su caballo inmóviles en tierra. Era el caballero de Chantelier.

El rayo habíale herido en su desenfrenada carrera.

El otro caballero, arrastrado por la vertiginosa carrera de su corcel, alejábbase de aquel lugar.

Bien pronto se perdió en los límites del horizonte, surcado en todos sentidos por los resplandores de la tormenta que descargaba en todo su furor.

Su carrera tenía algo fantástico.

Aquella vez los hierros no se cruzaron, pero la justicia del Eterno se había cumplido.

Pero Garcés no midió sus armas con el raptor de Berta.

El rayo había convertido en nada al caballero de Chantelier.

Aquella vez el juicio de Dios fué el rayo que aniquiló al criminal.

Dos días después caía el rey D. Pedro, bajo el puñal de su hermano D. Enrique.

ALEJANDRO BARBA

NUESTROS GRABADOS

Viejo pescador, cuadro de A. Muenier. - Fué Muenier de los primeros disidentes del Salón oficial de París, y desde que la discusión se produjo ha venido exponiendo siempre con éxito en el Campo de Marte. Sus obras se distinguen por su sencillez y sinceridad; perfectamente observados los tipos, lugares ó escenas que quiere trasladar al lienzo, reproducidos con verdadera maestría dando á sus pinturas toda la vida y expresión del modelo que se propone copiar, como de ello es buena prueba el cuadro suyo que hoy publicamos, y en el cual, si perfecta es la figura del viejo pescador, no le va á la zaga en punto á verdad y corrección el trozo de muelle con sus casas y sus lanchas que le sirve de fondo.



Después., cuadro al pastel de Arnaldo Ferraguti

Entre ambos jinetes mediaba la distancia de un buen galope de sus monturas.

Cualquier observador en aquella época, rica en torneos y duelos, no hubiera titubeado al contemplar aquel conjunto.

Los reyes de armas, los heraldos con sus trompetas adornadas de paños riquísimos, prestaban el signo característico á aquella escena.

Aquellos dos jinetes debían en efecto venir á las manos á una señal de D. Enrique.

Aquel campo era el palenque donde debía ventilarse uno de esos mil rencores que surgían en aquellos tiempos de turbulencia.

Los caballeros y los jueces de campo debían decidir con su voto el esfuerzo del campeón.

Pero si el observador hubiera contemplado de cerca la adusta fisonomía del Bastardo, la intranquilidad de Duglesclín y los semblantes preocupados de las comitivas de ambos caudillos, hubiera desterrado de su mente la idea de un torneo.

El negro celaje que por momentos cubría el firmamento, ocultando por completo los rayos del sol, imprimían un tinte de lóbreguez á aquella escena.

Algunas gotas de agua azotaron el rostro de los espectadores.

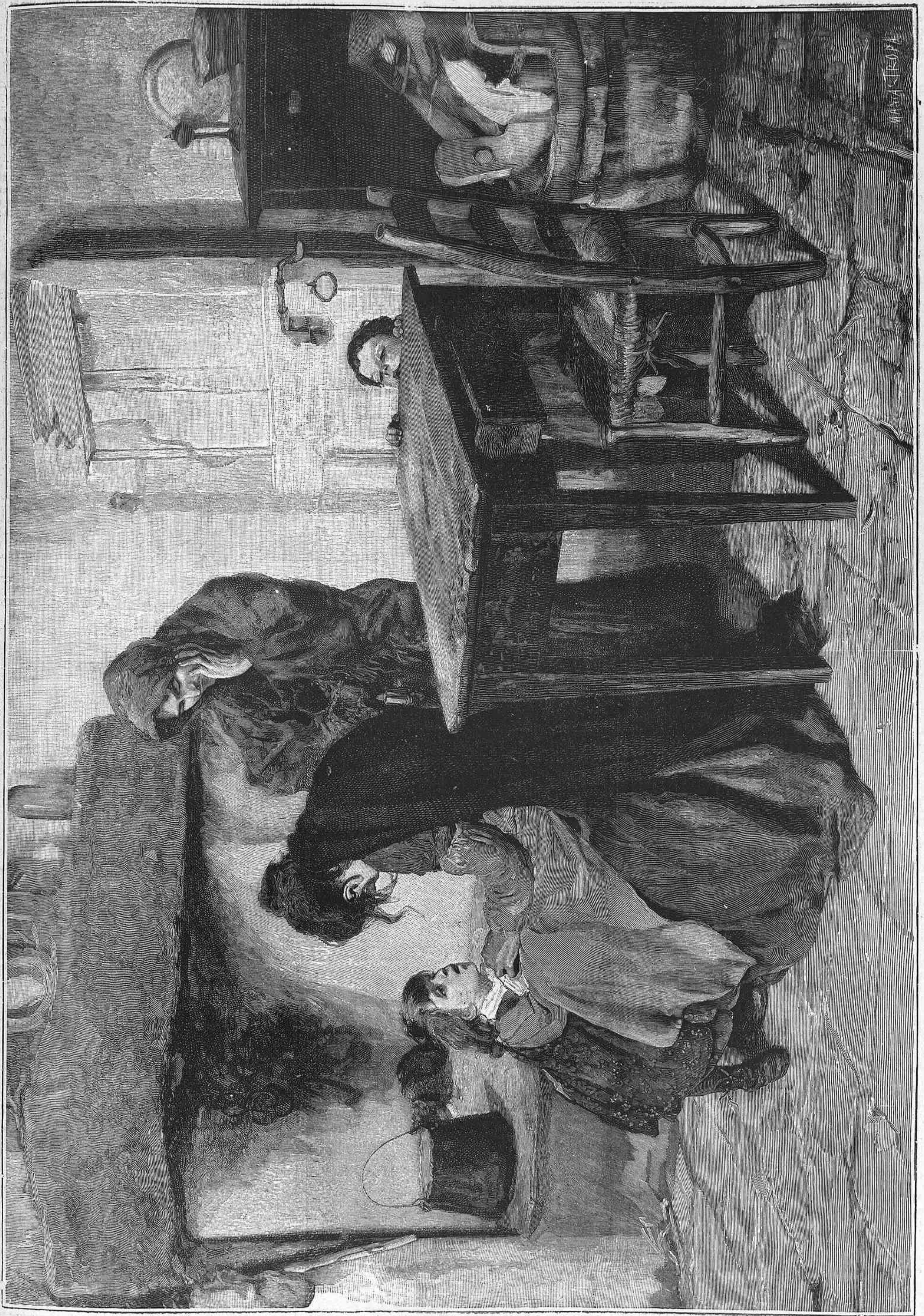
En el horizonte distinguíanse con regular intervalo las claridades del relámpago.

La tormenta reinaba en las alturas, como germinaba tal vez en el pensamiento de aquellos que esperaban abajo el desenlace de un drama cuyos personajes eran los caballeros que en los extremos del palenque aparentaban aguardar.

El infante D. Enrique hizo una señal, y un heraldo sonó su trompeta por tres veces seguidas.

Ambos caballeros lanzaron sus corceles en un desenfrenado galope.

El encuentro era inevitable.



HOGAR SIN FUEGO cuadro de Víctor Bressanin, que ha obtenido un premio del príncipe Humberto en la Exposición de Bellas Artes de Milán.

La hija del jardinero, cuadro de Francisco de P. Mendoza (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Aventajado discípulo de nuestro distinguido amigo el laureado pintor D. Luis Jiménez, es el joven pintor mejicano D. Francisco de P. Mendoza un discreto artista, llamado á figurar en primera línea entre los que en breve espacio de tiempo lograrán crear, en su patria, la escuela pictórica moderna. Tres lienzos aportó á la Exposición de Bellas



GOMOSO, cuadro de Francisco Gómez Soler
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Artes el Sr. Mendoza, distinguiéndose, á nuestro juicio, que publicamos, que revela el estudio del natural y es una razonada producción moderna, exenta de las exageraciones de escuela.

La hija del jardinero, recuerdo de la estancia veraniega del artista en el poético pueblecillo de *Pontoise*, es un cuadro que honra en extremo á su autor, á quien aplaudimos seguros que ha de lograr nuevos triunfos á los que ya ha podido conquistar.

Junto al lecho mortuario de la madre, cuadro de Teodoro Hummel (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Al penetrar en la sala bávara de la finida Exposición de Bellas Artes, llamaba poderosamente la atención, singularmente de los aficionados é inteligentes, el cuadro de Teodoro Hummel, titulado *Junto al lecho mortuario de la madre*. Y justo es consignar que razón había para ello, pues aparte de su relevante mérito como producción pictórica, aparte de su magistral sobriedad, revelábase en el lienzo la concentración del sentimiento, el dolor hondamente sentido y una escena penosamente recordada. Penoso tributo significa el cuadro, puesto que Hummel lo pintó inspirado en el recuerdo de los últimos momentos de su madre. Por eso han cobrado mayor impulso sus cualidades, y sin darse de ello cuenta tal vez, ha producido una obra magistral.

Su deseo ha tenido el merecido galardón, puesto que su obra figura la primera entre las premiadas de artistas extranjeros y adquirida para figurar en el Museo de Bellas Artes.

El papa León XIII en los jardines del Vaticano. - En los magníficos jardines del Vaticano, rodeado de todas las maravillas que el arte de la jardinería puede acumular y contemplando el hermoso panorama que ante su vista desarrolla la Ciudad Eterna, suele pasar, los ardientes días del estío S. S. León XIII. Allí lo ha representado el notable artista Hermán Corradi departiendo con el cardenal Ledochowsky, mientras en grupo aparte están los cardenales Rampolla, Moceni y Pecci, hermano éste último del actual Sumo Pontífice. Completan las figuras del cuadro un camarero con el quitasol, dos guardias suizos con sus alabardas y los *sedari* al lado de la silla de manos en que conducen al papa, y sirven de encantador adorno multitud de jarrones, tientos con flores y frondosos árboles, débil muestra de las magnificencias naturales que compiten en belleza con los tesoros artísticos acumulados en la residencia pontificia.

Juego de bolos, cuadro de Guillermo Claudius. - Con ser un juego muy común en todos los pueblos, en pocos países tienen los bolos la importancia que en Alemania: en las aldeas apartadas del movimiento de los grandes centros constituyen casi la única distracción de los adultos y de los viejos, actores los primeros y espectadores los segundos del entretenido pasatiempo. No es, pues, de extrañar que la gente menuda se adiestre desde sus primeros años en ese deporte higiénico jun-

tándose varios camaradas á la salida de la escuela en los ratos de recreo y en los días de fiesta para entregarse á esta diversión: dondequiera que encuentran un sitio más ó menos á propósito, allí plantan sus bolos, y empuñando las bolas de madera y haciendo á la vez de jugadores, de criados y de jueces se pasan las horas muertas en tan agradable como sano ejercicio. El celebrado pintor de Dresde Guillermo Claudius ha reproducido esta escena, no por sencilla menos interesante y propia para lucimiento de un artista, creando una obra de poesía, gracias á la belleza del paisaje escogido y á la destreza y naturalidad con que están trazadas las figuras de los pequeños jugadores.

Antes... Después, cuadros al pastel de Arnaldo Ferraguti. - ¿Qué mejor descripción podemos hacer de esos bellísimos cuadros que la que entrañan sus mismos títulos? *Antes y Después...* ¿No encierran esas dos solas palabras todo un drama que las pinturas reproducen claramente? ¿No se ve sintetizada en ellas una historia dolorosa de seducción y abandono? Ferraguti es hoy día una de las primeras figuras del arte italiano, y no hemos de encarecer cuánto vale un artista de quien tantas veces nos hemos ocupado con motivo de la reproducción de sus principales obras.

Una huelga, cuadro de F. Esser. - Como en ninguna otra época, hase puesto ahora el arte al servicio de las cuestiones más palpitantes de la existencia moderna: desechando rancias preocupaciones, abandonando gastados moldes y buscando nuevos procedimientos, el artista de hoy entiende que su principal misión consiste en dejar á la posteridad obras que gráficamente expliquen á las futuras generaciones algo del modo de ser de nuestros días, no sólo los grandes hechos de la historia, sino que también aquellos episodios de carácter social y aun doméstico que juntos componen el gran cuadro de la vida humana en un período determinado. Esos elementos, hoy de un valor histórico relativo, lo tendrán algún día muy grande, bien así como documentos en otras épocas tenidos por insignificantes han servido en nuestro tiempo para explicar sucesos de importancia y para rectificar errores hasta hace poco aceptados como verdades incontrovertibles. Al género de estas obras pertenece *Una huelga*, que no es sino una manifestación aislada de uno de los fenómenos característicos de las postrimerías del presente siglo, y que por su realismo, por su verdad y aun por su crudeza, constituirá siempre un documento de gran valía para el estudio del desenvolvimiento de la cuestión social, además de ser por sus méritos artísticos uno de esos cuadros que lejos de desmerecer adquieren mayor estimación con el transcurso de los años.



MEDIO LUTO, cuadro de Carlos Stochmeyer
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Hogar sin fuego, cuadro de Víctor Bressanin. - Este cuadro, casi no es necesario decirlo, es un cuadro de sentimiento y retrata la vida íntima de la miseria: la escena se desarrolla en una vivienda pobrísima; la madre, desolada por haber buscado trabajo inútilmente, inclina la cabeza agobiada por el peso de su desdicha, por la idea de que no podrá dar de comer á sus hijos. Uno de éstos la interroga con angustiosa mirada, otro asoma su cabecita por encima de la mesa para ver si hay preparado algo que acalle su hambre, y la abuela asiste á tan desgarrador espectáculo llorando su impotencia para remediar tanto infortunio, mientras acurrucado en el fondo del hogar, el gato busca inútilmente un calor que no han de darle las apagadas cenizas. La obra de Bressanin es de las que llegan al alma, y con decir esto queda hecho su mejor elogio.

Gomoso, cuadro de Francisco Gómez Soler (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Discípulo el Sr. Gómez Soler del malogrado Simón Gómez, figura dignamente entre los aventajados artistas, que como Cusachs, Parés, Brull y Xumetra, á tanta altura han elevado el concepto artístico de nuestra región. Circunstancias especiales inclinaron á Gómez Soler á dedicarse á la ilustración de obras literarias, dando muestra de sus buenas aptitudes la colección de volúmenes que constituyen la biblioteca titulada *Artes y letras*, los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós y las *Memorias del general Córdoba*, aparte de los numerosos dibujos publicados en periódicos y revistas. No son tan numerosas sus producciones pictóricas, si bien todas ellas son tan discretas como recomendables, recordándose con gusto las tituladas *Café cantante*, *Gomosos*, *Llévanos al buffet*, etc., que al igual que la que publicamos, distínguense por su humorismo y dan á conocer las aptitudes que posee nuestro amigo para el cultivo de la pintura de género.

Medio luto, cuadro de Carlos Stochmeyer (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - De simplicísimo trazo, amplia factura y sobria tonalidad es la preciosa cabeza de estudio que reproducimos, á la que su autor, el distinguido pintor bávaro Stochmeyer, tituló *Medio luto*. Cierta

á modo de sugestión ejercía la bella cabecita, que sin perder la robustez propia de los lienzos pintados al óleo, distinguíase por la frescura de su tonalidad, cual si se hubiese ejecutado al pastel. Pocas veces será dable á un pintor obtener con tan limitados medios iguales resultados. Ciertamente es que el artista á que nos referimos fué uno de los más aventajados discípulos de la Academia de Karlsruhe y que su nombre es hoy ventajosamente conocido en el mundo del arte.

¡Mayo!, estatua en yeso de José Soler Forcada (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Aunque joven, no es el escultor Sr. Soler Forcada un artista novel. Sus producciones hanle conquistado un lisonjero concepto, reputándosele como uno de los más discretos escultores entre los que constituyen el grupo de la nueva pléyade artística de nuestra región.

La bonita estatua titulada *¡Mayo!* atestigua sus cualidades y los ideales que persigue, ajustados al modernismo por el concepto y la modelación. *Mayo*, representado en la forma en que ha ejecutado su obra, resulta una bella alegoría del florido mes, exenta de convencionalismos y sujeta, repetimos, á las corrientes modernas.

Plácemes merece y se los tributamos sin reserva, ya que la obra que reproducimos figura entre las premiadas por el Jurado calificador de la finida Exposición general de Bellas Artes de nuestra ciudad.

Las fuentes del Tigris, cuadro de Kirschenko. - El Tigris y el Eufrates atraviesan esa feliz comarca en donde, según la Biblia, estuvo el Paraíso terrenal y que es preciso considerar como cuna de la civilización. Las fuentes del Tigris (Dídjaleh) se encuentran muy cerca de las del Eufrates, no lejos de las minas de Siwan en el borde meridional de la cordillera del Taurus: las principales de ellas, denominadas Ousch-Gueul (los tres lagos), surgen á 800 metros de distancia de un desfiladero profundo que sirve de lecho al río Monrad. El Tigris recibe en su corriente multitud de arroyos y con gran rapidez corre formando múltiples sinuosidades, de suerte que la cuenca del mismo parece entrelazarse con la del Eufrates. Al Noroeste de Diarbekir, cuando atraviesa el Kurdistán, el Tigris se ensancha cada vez más hasta que sus aguas desembocan en las del Eufrates cerca de Korna. La población que habita en el territorio donde nacen las fuentes del Tigris es muy abigarrada y se compone principalmente de kurdos, armenios, turcomanos, turcos, griegos y judíos. En Diarbekir florece el comercio que se practica por medio de caravanas, una de las cuales está representada en el cuadro de Kirschenko que reproducimos y en el cual se descubren sin esfuerzo alguno excelencias de composición y de dibujo que revelan la mano de un maestro y el talento de un observador concienzudo.

Delicias del campo, cuadro de Fausto Zonaro (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Quien examinase el lienzo del pintor paduano Fausto Zonaro,



¡MAYO!, cuadro de José Soler Forcada
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

no supondría la obra de procedencia italiana. Ciertamente es que la á que nos referimos no constituye una excepción, pues otros artistas no menos distinguidos hanse presentado en la finida exposición engalanados con la gama moderna, persiguiendo un empeño plausible, cual es el de lograr resultados con la simplicidad de medios.

Delicias del campo es muestra de cuanto apuntamos. Fácilmente trazada la figura de la joven campesina, de simpática y fresca tonalidad, evoca sin esfuerzo el recuerdo de la exuberante naturaleza y de los goces á que convida el campo cuando aquélla se atavía con sus espléndidas galas.



UNA NOCHE
EN LAS MONTAÑAS
POR CORDELIA

Circulaban rumores de guerra y la ciudad de Verona estaba convertida en cuartel general de los austriacos, las calles llenas de soldados de uniforme blanco, de carros de regimientos y de escuadrones de caballería: no se podía vivir allí y nos habíamos refugiado en nuestra casa...

sita blanca, situada en la colina, fuera del radio de las fortificaciones.

Mi familia se componía de mis padres, mis tíos y mi prima Pía, que era mi fiel compañera en mis excursiones, la confidente de mis pensamientos. Y allá arriba, en nuestra casita, nos parecía respirar más libremente, se podía hablar de guerra, de libertad, sin peligro de que nos redujeran á prisión, y luego aquel ambiente perfumado, aquella vista magnífica nos recreaba y nos hacía olvidar las molestias de la ciudad.

Nuestra casa estaba construída en la cima de un collado; resguardada detrás de las montañas del Tirolo, tenía á la izquierda la verde Valpantena sembrada de blancas aldeas, á la derecha el monte Baldo con su cresta salpicada de nieve, delante y á alguna distancia el valle del Adige, algo más arriba las colinas, las murallas almenadas de las fortificaciones, y enfrente las cuatro torres Maximilianas, blancas, redondas, simétricas, puestas como para proteger desde lo alto la ciudad.

Era la hora del crepúsculo y yo estaba con Pía sentada en el pretil del jardín mirando con fijeza la carretera, é impaciente por ver aparecer el carruaje en que todas las noches venían mi padre y mi tío de la ciudad.

Pasábamos todo el día pensando en aquel momento, curiosas por saber noticias de la guerra y de recibir la correspondencia y los periódicos que nos enviaban secretamente de Lombardía.

Aquella noche el coche llegó vacío y el cochero dijo que sus amos se habían quedado en la ciudad, á causa de ciertos asuntos importantes y de lo amenazador del tiempo.

Y en efecto, en el horizonte se acumulaban gruesos nubarrones; el Adige, que se veía relucir en lontananza, parecía de plomo, y soplabá un cierzo que no prometía nada bueno.

Entramos en casa cabizbajas, pensativas y de mal humor; mi madre y mi tía se disgustaron también por la ausencia de sus maridos, y nos sentamos alrededor de la mesa de costura, poniéndonos á hacer labor en silencio.

- ¿Han llegado los Grimaldi?, preguntó mi madre. Los Grimaldi eran amigos nuestros y vecinos de campo.

- Sí, contesté; los he visto á lo lejos, pero Andrés no vendrá seguramente esta noche después de la mala pasada que le hemos jugado.

Y dirigí á Pía una mirada de inteligencia.

- ¿Se puede saber qué le habéis hecho?

- Es un secreto.

- Alguna broma de mal género, alguna chiquillada.

- No; pero ya que os empeñáis en saberlo, os diré

que le hemos enviado un alfilerero y un dedal en una caja muy bonita. ¿No es un buen regalo?

Y prorrumpí en una carcajada, imitándome Pía.

A nuestros quince años no se podía estar serias mucho tiempo.

- ¡Qué cosas hacéis! Ese es el heroísmo de las muchachas, y entretanto él no vendrá siquiera á traernos noticias de la ciudad. ¡Habéis hecho una hazaña! ¡Pobre muchacho!

- ¿Y por qué no ha marchado con sus amigos?

- Sus razones habrá tenido para ello.

- Es que le parece más cómodo estar aquí contemplando la puesta del sol ó la salida de la luna, mientras los demás jóvenes van á pelear; tiene el corazón de mujerzuela, y nosotras le hemos tratado como tal.

- Sois muy injustas, dijo mi tía; más ha hecho él por nuestra causa

que otros muchos. ¿No ha arriesgado su vida para llevar jóvenes más allá de la frontera?

- ¿Y qué tiene eso de particular? Por sus tierras pasa el Mincio, y la hazaña no es difícil. Lo que no podemos comprender es cómo él no ha cruzado también la frontera; si nosotros fuésemos hombres, á esta hora estaríamos lejos de aquí. Es una verdadera injusticia que no sea él mujer en lugar nuestro.

- Lo que sois, unas charlatanas; quisiera veros en acción.

- Silencio, dijo Pía; me parece oír ruido.

Todas callaron, y en la soledad de los campos resonó un grito.

- ¡Quién vive!

- Es el grito del centinela; se oye muy bien, lo que prueba que el tiempo cambia.

- ¡Silencio!

Al poco rato se oyó un tiro.

Todas nos estremecimos como si nos hubieran atravesado el cuerpo de un balazo.

- Al que ha pasado junto á la torre no le importa la vida puesto que no ha contestado, dije.

- Será un ladrón, observó Pía: en verdad os digo que tengo miedo de estar aquí toda la noche sin que nos acompañe ningún hombre: si al menos estuviese Andrés...

- Ahí tienes cómo ha desaparecido de pronto todo tu valor, dijo mi madre. Una cosa es hablar de muerte y otra...

- ¡Ay Dios! Han llamado á la puerta. Tengo miedo, añadió Pía.

- Será el viento; de lo contrario ¡leal habría ladrado, contesté yo.

Como si hubiese oído mis palabras, el perro co-

mí como para buscar protección. Entretanto, un golpe más fuerte dado en la puerta hizo retemblar toda la casa.

- ¡Qué criaturas son!, dijo mi madre con su calma habitual. ¿Hase visto nunca que los ladrones llamen á las casas?

- Sabiendo que estamos solas...

- ¡Abrid!, gritaban desde fuera. Abrid en nombre de Dios y de Italia, añadió aquella voz en tono más bajo.

El nombre de Italia era en aquel tiempo irresistible, y por tanto, forzoso abrir.

Pía, que no las tenía todas consigo, descolgó la escopeta de mi padre y se preparó á la defensa.

Apenas descerrado el cerrojo y abierta la puerta, entró en la habitación un joven alto, robusto, con las facciones descompuestas, la ropa destrozada y las manos llenas de sangre.

Se nos escapó un grito y nos pusimos pálidas de terror.

- Ruego á ustedes que me perdonen, dijo el desconocido con voz débil y trémula, por presentarme de este modo; he estado aquí cuando niño, el señor Marcelli me conoce, pues era amigo de mi padre.

- Pero ¿quién es usted?

- Me llamo Enrique Castiglioni.

- En efecto, ese nombre no me es desconocido, dijo mi madre; prosiga usted.

- Cuando murió mi padre, mi madre me llevó juntamente con mi hermano á casa de unos parientes que vivían en Trento; transcurrieron los años, y me sentí arrastrado á pasar á Lombardía, pero no tenía valor para abandonar á mi madre; caí soldado, y la idea de ponerme un uniforme odiado, de ir á pelear contra mis hermanos y mi patria, me decidió á tomar la resolución de huir por campos y montañas, corriendo el riesgo de que me persigan por desertor... Al encontrarme en estas colinas, me he acordado del señor Marcelli á quien creía hallar aquí. No puedo más; he estado todo el día andando, sin comer, escondiéndome como un malhechor; las fuerzas me abandonan...

Y al decir esto se dejó caer en una silla.

Apenas había terminado su breve relato, cuando ya habíamos puesto en la mesa carne fiambre, pan y vino. El joven no se hizo de rogar y comió cual verdadero hambriento. Nosotros lo observamos entretanto con curiosidad; aparecía ya á nuestros ojos como un héroe, no parecía simpático, de modales distinguidos y no nos cuidábamos del desaliño de su traje.

Cuando concluyó de comer, dijo con una mirada llena de gratitud:

- Gracias; pero ¡cuán egoístas nos hacen el peligro y el hambre! No he tenido en cuenta que al entrar aquí podía comprometer á ustedes, y por consiguiente no debo detenerme un minuto más; conozco que me persiguen y no quiero arrastrar á ustedes en mi ruina. Si me pudieran ustedes indicar fuera, en el campo, un sitio, una cabaña abandonada donde pudiese pasar la noche...



El joven no se hizo de rogar y comió cual verdadero hambriento

menzó á ladrar desaforadamente en aquel momento á la vez que daban golpes más fuertes á la puerta.

- Lllaman de veras, dije.

Pía temblaba con todo su cuerpo y se arrimaba á

- Nuestra gruta, dije.

Era una excavación practicada en el monte vecino, donde en otro tiempo hubo una cantera, y á la cual llamábamos nuestra gruta, é íbamos á veces á

ella á gozar del fresco y á charlar un poco; la entrada estaba oculta con ramaje y dentro había una gran piedra que nos servía de banco.

— Es un sitio oculto y á cubierto de la intemperie; pero sin comodidad alguna.

— No puedo ser exigente, contestó el joven, y además estoy tan cansado que dormiré hasta sobre las peñas; así pues, indíqueme ustedes dónde está esa gruta.

— No conociéndola, le será á usted imposible dar con ella, pero nosotros le acompañaremos.

A mi madre no le agradó este ofrecimiento, según comprendí por su mirada, pero la tranquilicé con una seña y dije:

— También vendrá Leal; así estaremos más seguros.

No llevamos luz porque no nos vieran desde lejos, y además conocíamos perfectamente el camino; pero jamás olvidaré aquella expedición, durante una noche obscurísima, llevando de la mano á un joven á quien apenas conocíamos y encaramándonos silenciosos por aquellas cuevas, acompañados de Leal, que iba delante como para indicarnos el camino.

Así llegamos á la entrada de la gruta.

— Aquí tiene usted una vela y fósforos; tenga usted cuidado de no lastimarse al bajar, y en caso de que amenace algún peligro, enviaremos á usted á Leal para avisarle que huya.

— En todo piensa usted, me contestó el joven estrechándome las manos; son ustedes mis ángeles custodios. Adiós; partiré pronto, al amanecer, y si no volvemos á vernos..., tengan ustedes la seguridad de que nunca olvidaré cuanto han hecho por mí.

Oyóse el ruido del ramaje, el joven penetró en la gruta y nosotras regresamos á casa, satisfechas de haber hecho algo por nuestra patria y mostrado un poco de valor.

* * *

Los ladridos de Leal y unos golpes formidables descargados á la puerta de casa nos despertaron sobresaltadas al amanecer. Parecía que hubiese estallado la revolución, y medio dormidas todavía saltamos del lecho y corrimos á la ventana para averiguar la causa de tanto estrépito. A la incierta claridad del alba no se podía ver bien, pero podíamos distinguir un tropel de gente, soldados y gendarmes, y oímos pronunciar estas palabras con voz imperiosa y estentórea:

— ¡Arid en nombre del gobierno!

Entonces apareció la realidad como un relámpago á nuestra mente ofuscada aún por el sueño, y nos consideramos perdidas. No, no era un sueño el incidente del desertor á quien habíamos escondido en la gruta, y lo que era peor, nos habían descubierto.

Apenas tuvimos tiempo de vestirnos de cualquier modo, cuando ya la casa estaba invadida por aquellos hombres, que en un abrir y cerrar de ojos se diseminaron por todas las habitaciones. Cual si fuesen los amos, abrían cajones, sacaban cuanto había en los armarios, buscaban al desertor en las alacenas, en los baúles, donde no hubiera podido meterse una ciatura.

Nos preguntaban, pero siempre dábamos la misma respuesta:

— No hemos visto á nadie.

— Pues debe andar por aquí; no ha pasado del radio de las fortificaciones.

— Buscadlo; nosotras no sabemos nada.

Mientras estaban ocupados en revolver la casa, yo cogí á Leal en brazos y le dije al oído:

— Vete en seguida á la gruta.

El animal echó á correr.

Tenía tal instinto, que confiaba en que me hubiera entendido.

El comisario de policía que dirigía la expedición, después de registrarlo todo, desde el desván á la cueva, acabó por decir:

— No está aquí; debe andar por los alrededores.

Y volviendo á nosotras, pobres muchachas, añadió:

— Vosotras veníos conmigo.

Mi madre, que hasta aquel momento no había perdido su calma, se rebeló, recelando que quisiese llevarnos en rehenes, y le suplicó llorando que nos dejase en casa.

El comisario se propuso sacar partido de la situación y dijo:

— Díganme ustedes dónde han escondido al que buscamos y las dejaré en paz.

¡Cómo temblé en aquel momento temiendo que mi madre, llevada de su cariño hacia nosotras, lo revelase todo! ¡Qué expresiva debió ser la mirada que le dirigí suplicándola que callase!

En su rostro adiviné la lucha que sostenía consigo misma; pero respondió con acento franco y resuelto:

— ¿Cómo puedo decirlo si no lo sé?

— Pues entonces estas señoritas me harán el favor de acompañarme.

— Estamos prontas, contesté; como no hemos hecho nada malo, no debemos tener recelo alguno.

Salimos rodeadas de gendarmes cuyas caras nos helaban la sangre en las venas.

Cuando estuvimos fuera, el comisario se mostró muy amable con nosotras, lo cual aumentaba nuestro enojo. Nos dijo que esperaba que fuésemos tan bondadosas que le sirviésemos de guías en nuestras posesiones, y nos preguntaba si por allí había escondrijos ó sitios de refugio en los contornos.

Nosotras le indicábamos algunas chozas, refugio de pastores en las laderas de las colinas, pero él se encaminaba á la parte opuesta y precisamente hacia la gruta. Viéndole acercarse á ella, perdimos el color y nos pusimos á temblar como si por ambas pasase al mismo tiempo una corriente eléctrica.

El comisario, que no apartaba la vista de nosotras, notó nuestra turbación y nos echó una ojeada de triunfo, pero también nos bastó un momento para recobrar el dominio sobre nosotras mismas, y sin dejar de estar llenas de angustia y de temor, asomé á nuestros labios una sonrisa y nos acercamos al sitio de nuestros recelos saltando alegremente como si no deseásemos otra cosa.

Nuestra alegría desconcertó al comisario, que no sabía qué partido tomar, y se detuvo para fijar en nosotras una mirada investigadora; pero permanecimos indiferentes como si tal cosa.

Entretanto nos acercábamos á la gruta y seguíamos sonriendo á pesar de torturarnos la incertidumbre más cruel, cuando, delante de nosotras, vimos un hombre que subía tranquilamente por la montaña con un azadón al hombro como labriego que va á su trabajo. Creímos que era nuestro amigo, nos acercamos y ya no nos quedó ninguna duda, era él. ¡Qué audacia! ¡Qué valor! ¡Qué sangre fría! Nosotras debíamos hacer los mayores esfuerzos para no perder la nuestra y continuar impasibles; el comisario reparó en aquel hombre y lo llamó:

— ¡Eh! Buen hombre, deténgase usted.

Se detuvo. ¡Dios mío, qué susto pasamos! ¡Y sin poder hablar ni temblar!

El comisario se acercó á él y le preguntó:

— ¿Es usted de este país?

— Sí, señor.

— ¿Qué hace usted?

— Trabajar en el campo.

— ¿Ha visto usted pasar á alguien por aquí?

— Sí, señor, he visto pasar un hombre esta mañana muy temprano cuando todavía era oscuro.

— ¿Era del país?

— No, señor; forastero.

— ¿Puede usted decirme sus trazas?

— Repito que era oscuro y que apenas se veía.

— ¿Y por dónde ha ido?

— Por aquellos montes, hacia la Valpantena.

— Gracias.

— Para servirlo.

Y siguió despacio su camino, mientras el comisario se paraba á dar órdenes á su gente, después de lo cual nos dijo:

— Si las señoritas quieren retirarse no las detengo más.

Le saludamos; teníamos unos deseos rabiosos de echar á correr, pero nos fuimos con toda calma, temiendo que algún movimiento desconsiderado nos descubriese; nos habíamos hecho prudentes, mas para nuestros adentros nos parecía imposible que el asunto hubiese terminado de aquel modo.

El joven en tanto seguía andando muy despacio como si no se tratase de él, y cuando pasamos por su lado le dijimos con disimulo estas palabras:

— Síganos usted á alguna distancia.

Habíamos trazado nuestro plan y nos encaminamos á la quinta Grimaldi.

— Debe haber allí alguien, decía yo, y el único medio que resta es rogarle que se encargue de ese joven; es una gran cosa tener posesiones por las que cruza el Mincio.

— Hemos hecho mal en enviar aquel famoso regalo á Andrés, dijo Pía. Si es él el que está en la quinta, ¿quién sabe cómo nos recibirá?

— ¿Sabe acaso que le hemos enviado nosotras el regalo?

Continuamos andando silenciosas, volviendo la cabeza de vez en cuando para ver si los gendarmes se habían alejado y si el desertor nos seguía.

Llegamos á casa de Grimaldi en el preciso momento en que el cocheró enganchaba el caballo al coche y Andrés estaba muy ocupado en dar órdenes. Apenas nos vió, acudió á nuestro encuentro y dijo:

— ¡Qué feliz casualidad! Precisamente quería pasar por casa de ustedes para saludarlas, pero temía ser inoportuno tan temprano.

— ¿Saludarnos? ¿Por qué?

— Porque me marchó.

— ¿De veras? ¿Y adónde?

— ¿Quién sabe? Quizás tan lejos que no volvamos á vernos.

Hice un ademán de sorpresa, y dije:

— Vamos, tiene usted gana de broma.

— Nada de eso: ya es hora de que me reuna con mis amigos; demasiado he tardado.

Después de una breve pausa, añadió en voz baja:

— Esta tarde pasará el Mincio, y me quedaré al otro lado.

Sentí una especie de remordimiento y contesté turbada:

— Espérese usted algunos días más.

— No es posible; estoy resuelto; harto he esperado; y ¿sabe usted por qué he tardado tanto? Permítame usted confesarlo. Quizás sea esta la última vez que nos vemos y en ciertos momentos es un consuelo desahogar el corazón. Pues he esperado tanto porque sentía alejarme de usted; había adquirido la costumbre de verla todas las noches, me complacía con tanto fuego y entusiasmo de patria y libertad, y me decía siempre: «mañana, mañana,» y así se continuó retrasando un mes mi marcha; pero ahora estoy ya decidido.

Exhaló un suspiro, me cogió la mano y añadió:

— ¿Verdad que no se olvidará usted de mí? Prométame, y esto me consolará cuando esté lejos.

Hube de volver la cabeza porque no podía más; no podía soportar su mirada, sufría demasiado. Tal vez era remordimiento, ó también compasión por aquel afecto oculto que así se revelaba en el momento de la partida; sentí luego que acudían las lágrimas á mis ojos y miré á otra parte con el pretexto de buscar á Pía, que se había parado junto al cancel para no perder de vista al desertor.

— ¿Conque pensará usted en mí alguna vez?, repetía.

— Sí, Andrés; pero no dejará usted de volver y nos veremos de nuevo.

Luego añadí de pronto:

— Pero olvidaba decir á usted el motivo de nuestra venida; necesito que me haga usted un favor inmenso.

— Tendré muchísimo gusto en servirla.

— Anoche dimos asilo á un desertor, dije en voz baja; sería preciso le hiciese usted pasar la frontera.

— Vendrá conmigo.

— ¿Sabe usted á qué peligro se expone?

— ¿Quién se acuerda de la vida en estos momentos? Haré que se ponga el traje de mi cocheró y él guiará; naturalmente, yo le enseñaré el camino.

— Gracias. ¡Qué animoso es usted! Si supiese...

No tuve valor para continuar.

En esto Pía se acercó á nosotros con el joven.

— Este es, dije.

— Está bien. ¿Sabe usted guiar un caballo?, le preguntó Andrés.

— ¡Ya lo creo!

— Pues por hoy me servirá usted de cocheró; vaya usted en seguida á la cuadra y póngase la ropa del mío. No hay tiempo que perder.

El caballo estaba ya enganchado; pero los dos jóvenes no sabían separarse de nosotras...

— Vamos pronto, dijo Enrique; pueden seguirnos. Ambos ocuparon su puesto en el carruaje.

— ¡Adiós!, exclamó Andrés ahogando un sollozo.

— Hasta la vista, contesté alargándole la mano.

Estaremos con cuidado por ustedes hasta que hayan llegado..., añadí conmovida; no dejen ustedes de darnos pronto noticias tuyas.

— ¡Adiós!

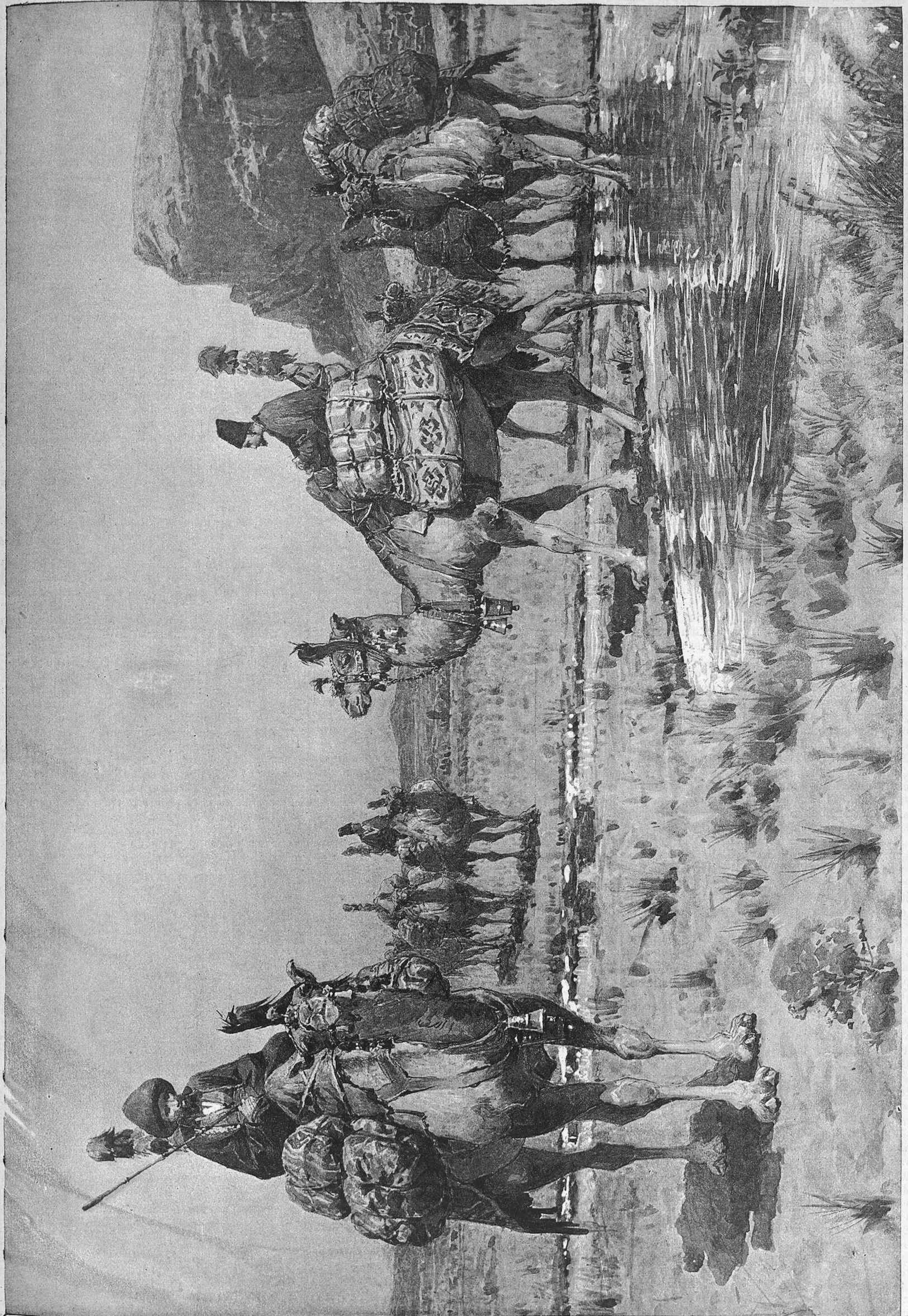
— ¡Buen viaje y hasta la vista!

Enrique arreó al caballo, que salió corriendo por la carretera. Nos quedamos mirando el carruaje que subía por la colina hasta que á la vista quedó reducido á un punto negro; no lo divisábamos ya, pero continuábamos inmóviles, y nuestro pensamiento iba en pos de aquellos dos jóvenes que tal vez acudían en busca de la muerte, lejos, más allá de aquellas colinas y del azul Adige, al través de la verde llanura, por las orillas del Mincio, y envidiábamos su suerte.

Luego regresamos á casa despacio y sin decir una palabra, remordiéndonos la burla hecha á Andrés, á quien tan injustamente habíamos juzgado.

Han pasado ya muchos años; desde entonces no he vuelto á ver á los dos jóvenes; pero cuando cierro los ojos me parece estar viendo aquel coche negro alejarse á la débil claridad de aquella mañana de abril, y aquella noche llena de emociones y de acontecimientos se me representa como un sueño que va también disipándose entre las nieblas del pasado.

TRADUCCIÓN DE M. ARANDA.



LAS FUENTES DEL TIGRIS, cuadro de Kirschenko

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ESTEREOCROMOSCOPIO

Varios son los sistemas hasta ahora empleados para extraer por medio de la fotografía los principales colores componentes de un objeto policromo y obtener luego de ellos una síntesis, sea por la impre-

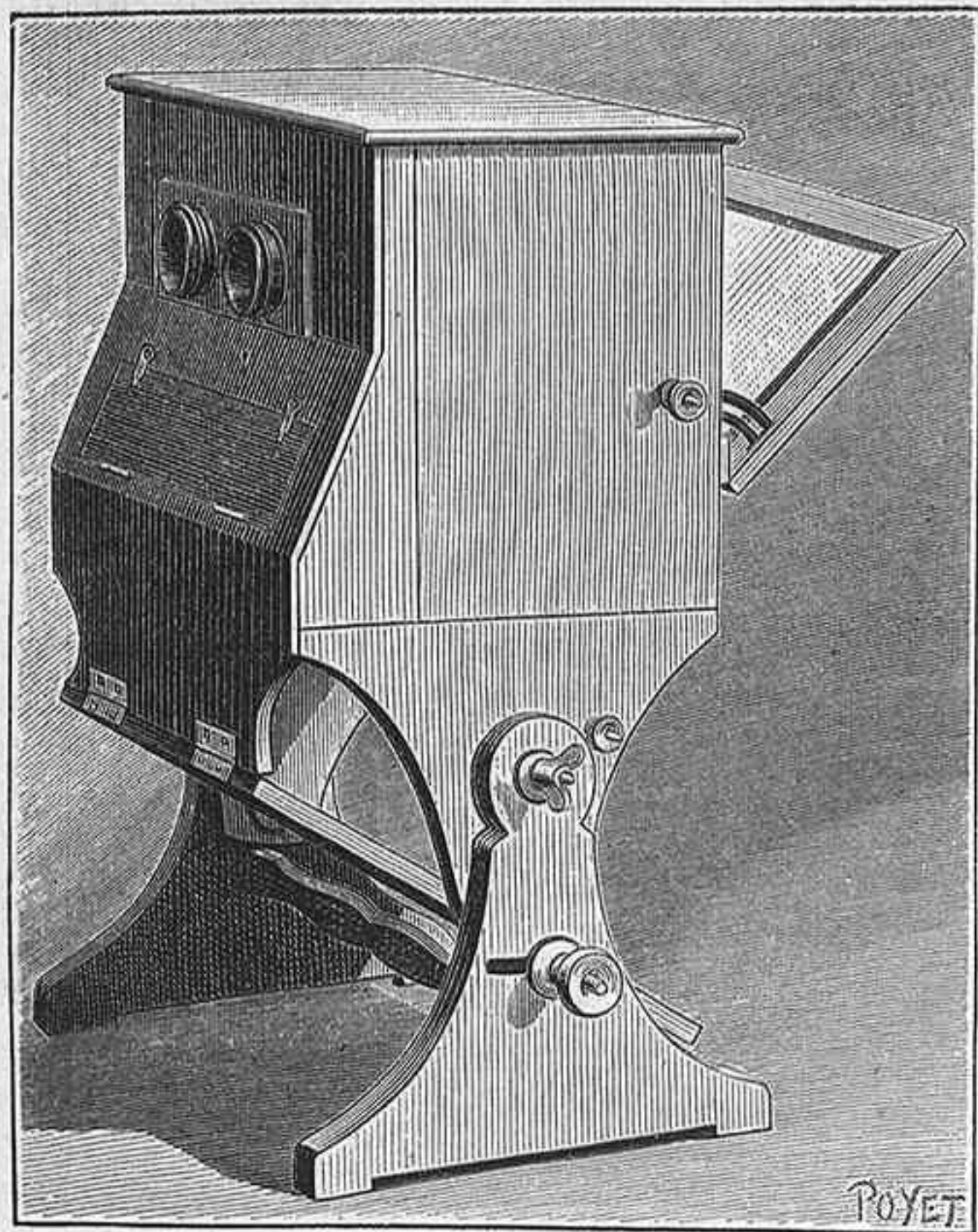


Fig. 1. - Vista en conjunto del estereocromoscopio

sión de diversos colores sobrepuestos, sea por medio de proyecciones hechas con diapositivos iluminados con luces de colores diferentes.

El método sintético de las impresiones sucesivas sólo puede ser aplicado para la producción de trabajos industriales, y aun deja que desear si se emplea sin antes apelar á un trabajo de retoque.

Para las proyecciones policromas es necesario usar un material caro y complicado, y tal procedimiento debe utilizarse cuando se quiera hacer ver imágenes de colores á un público numeroso, pero resulta demasiado complejo para uso corriente é inmediatamente personal.

Estos inconvenientes hacían necesaria una solución más sencilla; pero ó nadie se había preocupado de encontrarla ó las tentativas hechas para ello no habían tenido éxito satisfactorio.

M. C. Nachet, óptico muy conocido en Francia, acaba de inventar un aparato sencillo é ingeniosamente combinado para completar el estereoscopio propiamente dicho, que reproduce el relieve de las imágenes fotográficas, pero no el color de los objetos.

El instrumento de M. Nachet, conocido con el nombre de estereocromoscopio (fig. 1), constituye á la vez un medio científico de pasar del análisis fotográfico de los colores á su reconstitución ó síntesis y un aparato de estudios ó de observaciones artísticas que permiten ver en el objeto examinado los colores del original.

El estereocromoscopio, como lo indica la figura 1, se compone de un cuerpo principal ó caja rectangular que puede girar sobre un eje: un botón de presión permite fijarlo en la posición más á propósito para recoger la luz natural ó artificial en los espejos AA' (fig. 2).

La referida caja tiene en una de sus caras, en la parte anterior, dos prismas O que sirven de oculares como en el estereoscopio común; en la pared opuesta hay dos elementos fotográficos ó diapositivos B y C que iluminados por la luz blanca causan el mismo efecto que las vistas estereoscópicas comunes.

Sobre el fondo horizontal de la repetida caja y en la prolongación, en sentido del eje, de uno de los diapositivos verticales, hay un tercer diapositivo D.

Esas tres imágenes son la reproducción de un solo objeto, pero han sido obtenidas de modo que el modelado de la una corresponde á la acción producida por las radiaciones azules, el de la otra da el efecto producido por las radiaciones amarillas y finalmente la tercera es la traducción analítica de las encarnadas. El dibujo es aproximadamente el mismo, pero la producción de los colores varía con la naturaleza de cada uno de los tres colores principales.

Decimos que el dibujo es *aproximadamente* el mismo porque dos de los diapositivos deben diferir entre sí, como entre sí difieren las dos imágenes de una misma vista estereoscópica: son los dos diapositivos que se colocan verticalmente. Sin esta diferencia no se obtendría el efecto del relieve.

En el caso que nos ocupa hay que llegar á un fusiónamiento completo de los tres diapositivos, de manera que no formen sino una imagen y además esta imagen compuesta ha de ser de colores. Para el fusiónamiento del elemento triple no hay más que confundir en una sola imagen los dos elementos dispuestos uno debajo de otro, puesto que por la visión binocular se tiene ya la superposición, la reducción á la unidad de los dos diapositivos estereoscópicos.

M. C. Nachet ha llegado á este resultado colocando debajo del prisma que corresponde al doble elemento un espejo platinado M transparente, inclinado á 45 grados (fig. 2). Este espejo permite al ojo ver la imagen horizontal exactamente como ve la imagen vertical.

Estas dos imágenes se fusionan en la retina, que de hecho no ve más que una que produce la combinación de las dos; y con esa imagen combinada que, á su vez, se fusiona con el otro elemento estereoscópico, se tiene en relieve una imagen compuesta, formada por el agrupamiento de las tres distintas imágenes en una sola.

Hasta ahora hemos dejado á los diapositivos su color fotográfico normal; veamos á continuación cómo se completa el deseado efecto por la adición de los colores.

Detrás de cada uno de los elementos se introduce en una ranura *ad hoc* una placa de cristal del color que corresponde al de las radiaciones representadas; debiendo escogerse esos tres medios colorados de tal suerte que sean compuesto de colores complementarios y den, por consiguiente, el blanco puro por la mezcla de sus radiaciones. De esto hay que asegurarse de antemano colocando delante de cada uno de los elementos colorados una tira de papel negro con un agujero circular en el centro: mirando luego en el estereocromoscopio ha de verse un disco blanco.

En el caso en que se produjese una dominante con tendencias á otra coloración, sería preciso buscar elementos más apropiados al experimento.

Los diapositivos son filtros de luz colorada que no dejan pasar al través de sus partes más ó menos lúcidas más que cantidades convenientes de cada uno de los colores, en proporciones tales, que la combinación de las tres porciones de radiaciones aferentes á un mismo punto del objeto produzca el efecto deseado ó sea el color exacto del original. De modo que se ofrece á la vista una imagen policroma y en relieve, cuyos colores variados hasta el infinito recuerdan de un modo muy aproximado, si no absolutamente igual, el objeto ó la vista reproducidos.

La ilusión puede ser completa si el análisis ha sido bien hecho, lo cual es fácil, pues el mismo instrumento permite darse cuenta de la incorrección que pueda haber y remediarla.

De lo dicho se desprende que el estereocromoscopio es una especie de estereoscopio de tres imágenes: á la tercera imagen, de una parte, y de otra á la naturaleza analítica de los diapositivos es debida esencialmente la síntesis de los colores.

El efecto obtenido es de los más curiosos y sorprendentes, siendo de esperar que ese aparato figurará muy pronto en todos los salones. Si para los artistas puede este aparato ser fuente de estudios útiles y de interesantes observaciones, también presta grandes servicios á la ciencia, permitiendo á los físicos estudiar los efectos de las radiaciones cromáticas radiales mejor que con todos los diapositivos hasta ahora usados.

Gracias á los medios de análisis de los colores que posee el arte fotográfico, es posible aislar de la reproducción de un objeto policromo sucesivamente los colores distintos de aquel cuyo efecto se desee obtener. Por medio de las pantallas de colores y de sensibilizadores propios para los diversos colores se llega á una selección tal, que la reconstitución en el estereocromoscopio de tres de los cuatro diapositivos (porque puede admitir cuatro) dé una policromía muy completa y muy exacta.

Hasta ahora los aficionados á la fotografía no tenían por lo general instrumentos para esta clase de reproducciones, porque no existía medio alguno, salvo el de las proyecciones, que es muy complicado, para utilizar esas series de *cromogramas*, que así se denomina al conjunto de los tres diapositivos; pero es de esperar que en lo sucesivo, seducidos por el atractivo de la visión en colores, sacarán del natural tres vistas en vez de las dos que exige el estereoscopio.

La obtención de los tres ó cuatro elementos sintéticos ofrece naturalmente algunas dificultades que la práctica ayudará á vencer.

Los cromogramas del estereocromoscopio de M. C. Nachet van ajustados á un ligero marco que se repliega sobre sí mismo por medio de una juntura á charnelas, bastando introducirlo en el cuerpo del aparato, en una ranura *ad hoc*, para ver desde luego las imágenes sobrepuestas y con todos sus colores. Los mismos cromogramas podrán servir para las proyecciones en presencia de un numeroso público, y á este efecto M. Molteni, cuya competencia en materia de proyecciones es bien conocida, está estudiando actualmente un modelo de linterna triple que responderá indudablemente al fin que se desea, y muy pronto la aplicación de la fotografía á la reproducción de los colores habrá realizado tales progresos que en muchos casos nadie se contentará ya con la copia monocroma.

GASTÓN TISSANDIER

**

EL COLUMPIO DIABÓLICO
NUEVA ILUSIÓN ÓPTICA Y MECÁNICA

El principio de los movimientos relativos y de las ilusiones ópticas y mecánicas acaba de tener una ingeniosa aplicación y obtiene un éxito extraordinario en San Francisco en una nueva diversión ilusionista, inventada y ejecutada por Mr. Amariah Lake, de Pleasantville (Nueva Jersey).

Poniendo en uso procedimientos casi infantiles por su sencillez, consigue Mr. Lake que en personas poco menos que inmóviles se produzca la ilusión de que describen un círculo completo en el espacio y de que, en un momento dado, están cabeza abajo cuando en realidad están perfecta y cómodamente sentadas en una posición absolutamente natural.

Este resultado se obtiene utilizando hábilmente el principio mecánico de los movimientos relativos y los errores de apreciación que traen consigo, errores de que todos nosotros hemos sido víctimas al mirar por la portezuela de un vagón de ferrocarril cuando dos trenes que se encuentran en una estación echan á andar en sentido opuesto.

El tren que parte nos produce la ilusión del movimiento, aunque el en que nosotros viajamos permanece inmóvil ó se mueva muy lentamente. Pues bien: este mismo principio combinado de una manera muy original es el que utiliza Mr. Lake reuniendo á varias personas que juntas toman parte en el experimento. Todas ellas son introducidas en una pequeña habitación en el centro de la cual se ve una ancha barra transversal de la que pende un columpio con asientos suficientes para quince individuos: cuando todas están sentadas, el empleado imprime una ligera oscilación al columpio, que se balancea como todos los aparatos de su clase, y entonces el empleado se retira y cierra la puerta. A partir de este instante empieza

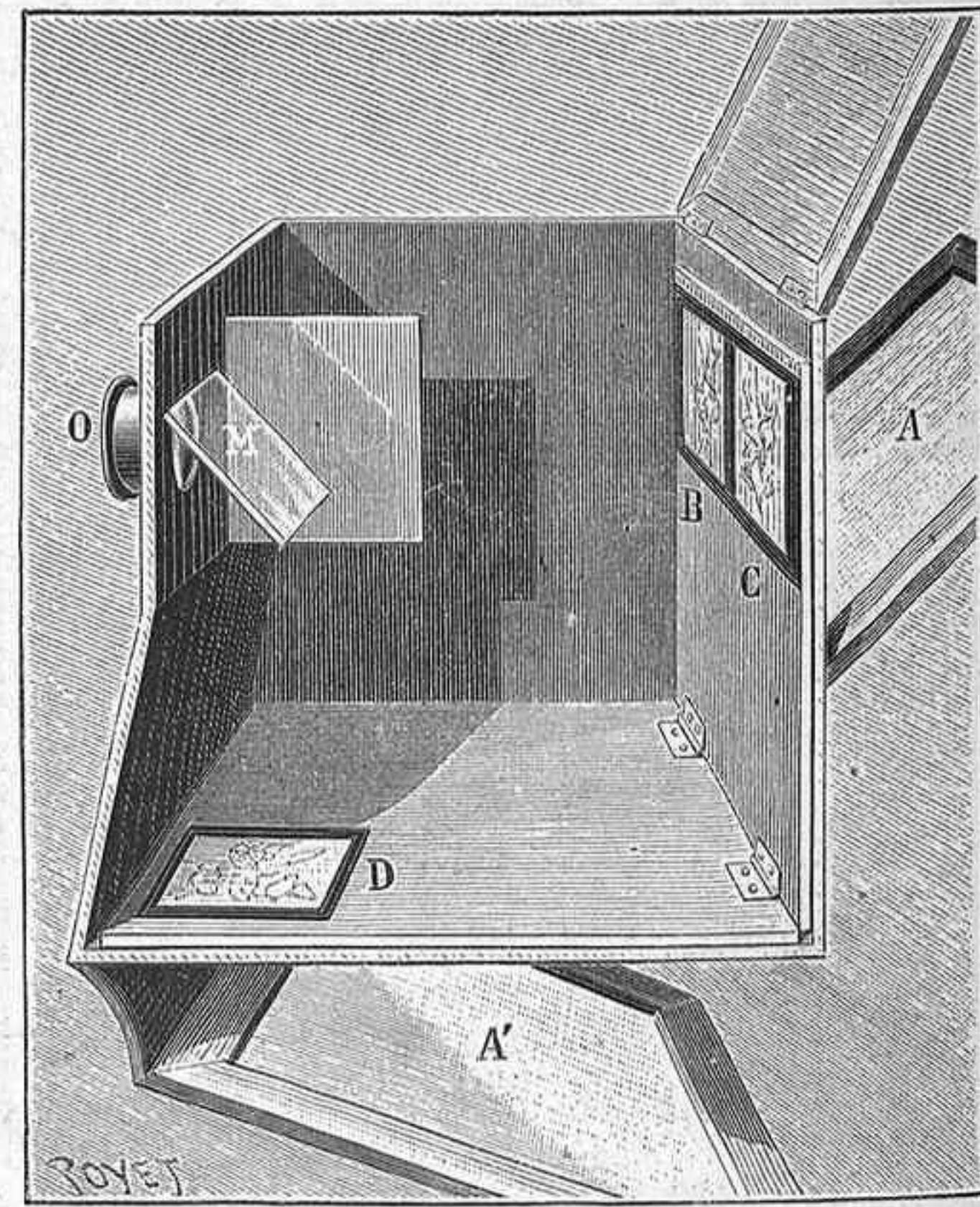


Fig. 2. - Sección que representa el diapositivo interior del estereocromoscopio

la ilusión. Las personas sentadas en el columpio experimentan desde luego que el balanceo va aumentando gradualmente, adquiriendo muy pronto proporciones alarmantes.

Mas no termina aquí el experimento: las oscilaciones aparentes aumentan cada vez más de amplitud hasta el momento en que el columpio parece describir un círculo completo alrededor de su eje, y para completar la ilusión la barra está doblada en sus extremos, formando un ángulo, lo cual hace parecer imposible que el columpio pase entre la barra y el techo. La barra continúa su movimiento aparente de rotación, produciendo una impresión extraña á los que de ella están suspendidos, hasta el momento en que disminuye la amplitud de los movimientos y éstos cesan gradualmente: poco después el aparato se para, el experimento termina, la puerta vuelve á abrirse y los que se columpiaban ceden el puesto á otros.

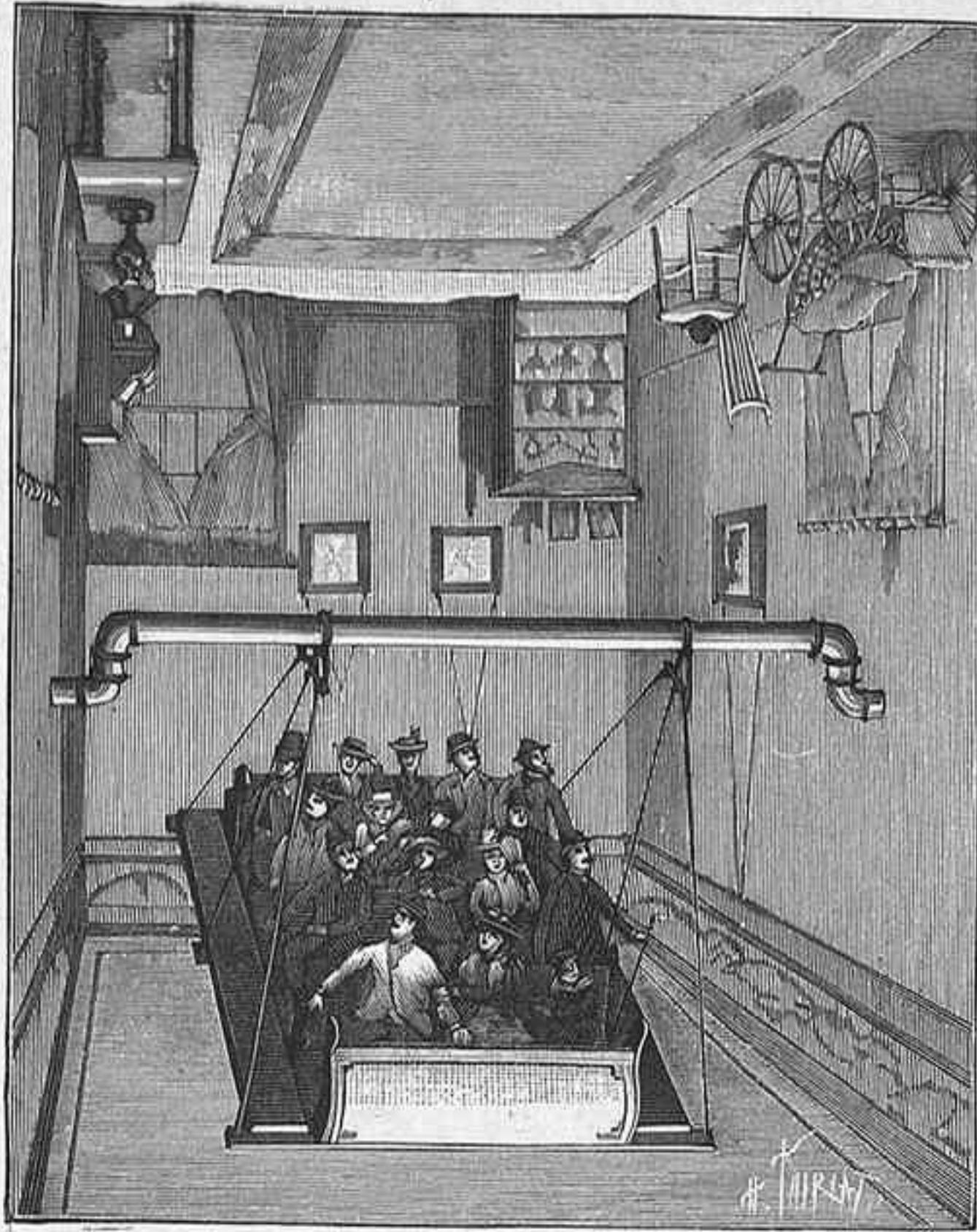


Fig. 1. - Vista del columpio diabólico en su posición real

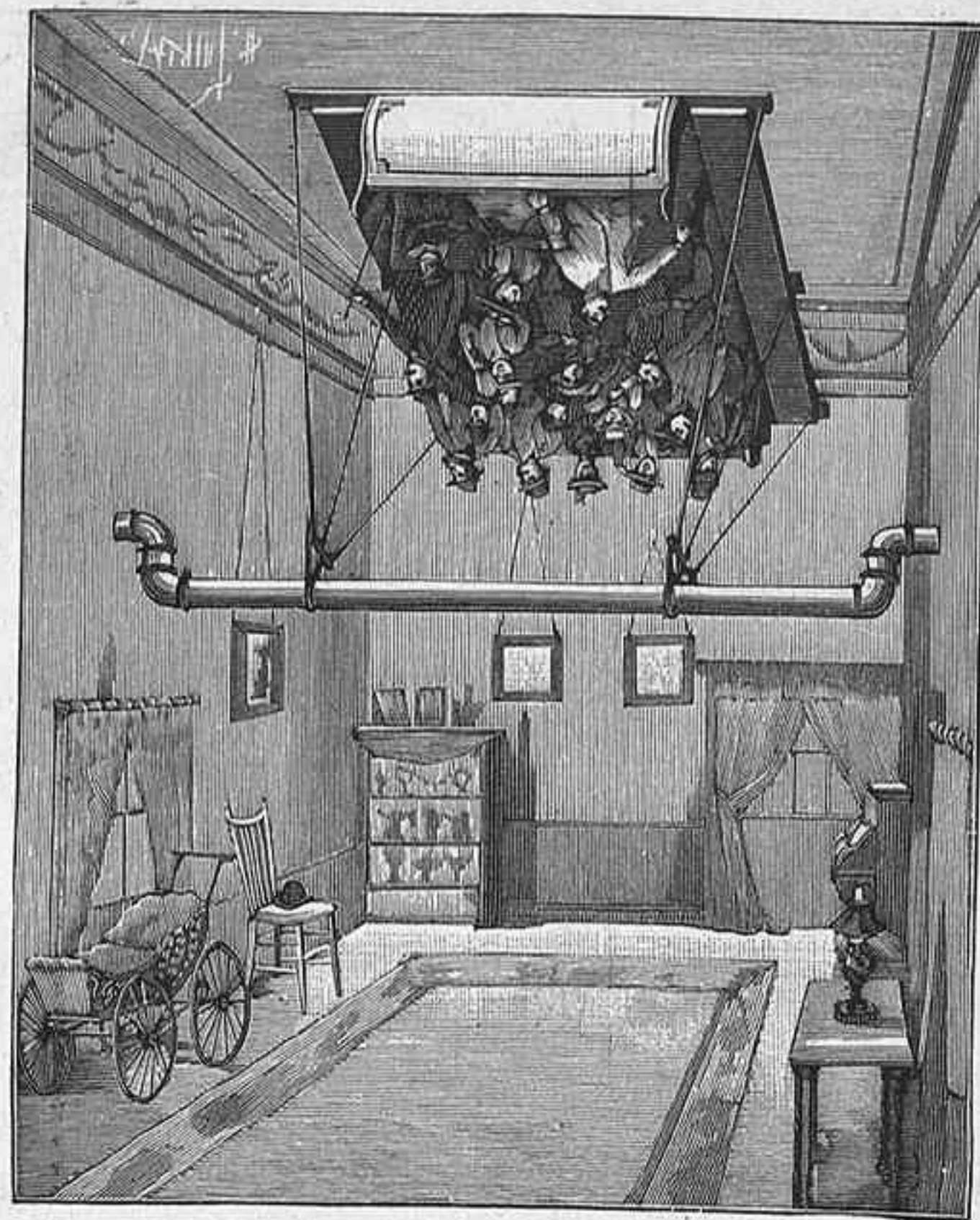


Fig. 2. - Vista del columpio diabólico en su posición aparente

El lector habrá ya adivinado que la causa de esta ilusión, muy curiosa y que produce gran impresión, al decir de los que la han experimentado, es debida á la oscilación metódicamente amplificada y á la rotación de la habitación en donde están encerrados los visitantes. Durante todo el tiempo el columpio permanece inmóvil, al paso que la habitación oscila ó gira alrededor del eje (fig. 1): al principio se imprime un ligero movimiento oscilatorio al columpio, y cuando se ha cerrado la puerta se hace oscilar con amplitudes crecientes toda la habitación, que no es en realidad más que una gran caja cuyos primeros movimientos oscilatorios corresponden á los del columpio. Gra-

dualmente se aumenta el arco de oscilación hasta que alcanza una circunferencia entera, lo cual no exige ningún mecanismo especial, porque toda la caja está casi equilibrada sobre el eje basta para conseguir este resultado sin esfuerzo empujar la caja por uno de sus ángulos en los momentos oportunos como si se hiciese mover un columpio.

Mientras el aparato funciona, el período de rotación continúa y los espectadores se hacen la ilusión de que la habitación está inmóvil y de que son ellos los que dan vueltas por el espacio, cuando en realidad sucede todo lo contrario, experimentando en un momento dado la impresión que reproduce la figura 2, que no es sino la figura 1 invertida.

Después de algunas vueltas la rotación continúa cesa, la habitación oscila con una amplitud decreciente y llega metódicamente al reposo para conservar la ilusión hasta el final. Antes de parar el movimiento de la habitación, se ha impreso por medio de la barra transversal una ligera oscilación al columpio, á fin de evitar la transición cuando la habitación está completamente inmóvil y dejar á los que ocupan el columpio la impresión de que oscilaban realmente. La caja que constituye la habitación está llena de objetos distintos, sólidamente clavados, por supuesto: la lámpara de petróleo puesta encima de la mesa, al alcance de la mano, es en realidad una lámpara incandescente fijada en un quinqué atornillado á la mesa, la cual, á su vez, va atornillada al suelo. El público no puede concebir que la lámpara de petróleo pueda arder vuelta hacia abajo, esto suponiendo que la habitación sea la que dé vueltas, hipótesis que desecha desde luego, si es que se le ocurre. Lo mismo sucede con los objetos que hay dentro del armario, con los cuadros colgados, las fotografías, el cochecito para niños, la silla y el sombrero: todo contribuye á engañar á los que van en el columpio. Hasta para los iniciados la ilusión es tan completa que se agarran á sus asientos por miedo de ser precipitados en el vacío.

(De La Nature)

Dr. Z...

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 en París
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis firme y terso
 PARIS, 8, rue de Valenciennes

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago y los intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA IODURO de HIERRO y CÁSCARA
 Dosadas á 0 gr. 125 de Polvo. Verdadero especifico del
ESTREÑIMIENTO El mas ACTIVO de los FERRUGINOSOS
 HABITUAL No produce estreñimiento.
 PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers. - Muestras gratis á los Médicos.
 Depósito en todas las principales Farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs. En todas las Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

APIOL
 de los D^{tes} JORET & HOMOLLE
 El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, unico eficaz, es el de los inventores, los D^{tes} JORET y HOMOLLE.
 MEDALLAS Exp^{tes} Univ^{ers} LONDRES 1862 - PARIS 1889
 Far^{ma} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ia}, F^{ab}, 102, R. Richelieu, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Delicias del campo, cuadro de Fausto Zonaro (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijos de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{te}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo à las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno à su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECO y de los INTESTINOS.

Jarabe de Digital de **LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de **GÉLIS & CONTÉ**
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Lergotina y Grageas de **BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energetico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloracion** y la **Energia vital**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^e, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

Pildoras y Jarabe

BLANCARD

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD**

Comprimidos

de Exalgina

JAQUEGAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES,
UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo
y el mas poderoso medicamento.

CONTRA EL DOLOR

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente à volver à empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN